

28 FEB. 1935

Leviatán

REVISTA MENSUAL DE HECHOS E IDEAS

Director: Luis Araquistáin

NUMERO 7

M A D R I D

NOVIEMBRE - 1934

A nuestros lectores

LEVIATAN tiene que excusarse ante sus lectores de no haber salido a luz en el mes de noviembre con la puntualidad acostumbrada, y espera regularizar su aparición con los próximos números.

Otra novedad que observarán los lectores es la reducción del volumen y el precio de la Revista.

Por motivos de fuerza mayor, ajenos a nuestra voluntad, este número no contiene más que la mitad de sus páginas habituales.

El precio, naturalmente, es también la mitad del que ha regido hasta ahora.

Con objeto de no perjudicar a los suscriptores, mientras se conserve este precio se considerarán prolongadas las suscripciones por tantos meses más como los que falten para su expiración.

Estas modificaciones de volumen y precio son hijas de las circunstancias; pero que sean o no transitorias depende también del mayor o menor agrado con que las acojan nuestros lectores.

Ellos tienen la palabra.

(ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA) X

La incompatibilidad con los socialistas

Por LUIS ARAQUISTAIN

El 15 de noviembre se leyó en el Congreso de los Diputados una proposición firmada por Antonio Goicoechea y otros diputados monárquicos. En ella se pedía a la Cámara que acordara lo siguiente:

“Declarar su incompatibilidad moral con aquellos diputados pertenecientes a la minoría socialista responsables por participación directa o indirecta o por solidaridad tácita en los horrendos crímenes cometidos en aquella hermosa región y leal provincia” (Asturias).

Virtualmente esta proposición equivalía a requerir la incompatibilidad moral de la Cámara con todos los diputados socialistas, porque si no a todos les incumbe responsabilidad directa o indirecta en los sucesos de octubre —y sólo los tribunales de justicia, no el Congreso de los Diputados, son competentes para esa averiguación—, estoy seguro de que ni un solo diputado socialista cedería jamás a la insolente e intolerable coacción de los que quisieran forzarle a repudiar una solidaridad que, algún día, cuantos no estén conformes con ella podrán discutir, regatear o negar ante un Congreso socialista o ante otros organismos del Partido Socialista.

¡Bueno fuera que los herederos o representantes de los autores de tantos crímenes monstruosos como se cometieron en la monarquía contra el pueblo español, se erigieran ahora en jueces y vinieran a pedir cuentas a nadie, y que los socialistas se les rindieran!

La proposición era torpe por todos los conceptos. Torpe y pobremente maquiavélica. Torpe e hipócrita, si se buscaba extender esa declaración de incompatibilidad moral a toda la minoría socialista, tal vez como un primer paso para arrojar al Partido Socialista fuera de la ley. Si los distintos grupos monárquicos, fantasmales vanguardias sin pies ni cabeza de un fascismo que aspira a restaurar la dictadura del general Primo de Rivera con otro espadón de circunstancias, sueñan con declarar ilegal al Partido Socialista, que tengan el valor de proponerlo francamente y de responder de las consecuencias de esa gravísima medida caso de ser aprobada—consecuencias incalculables para esos alegres e inconscientes *camelots du roi* que en la tribuna parlamentaria y en su prensa procuran disimular su pánico retrospectivo y lo parvo de su número y de su minerva con una bullanga alharaquenta que quiere aterrorizar y sólo hace reír—; pero era inadmisibile que con argucias abogadescas, y la mayoría de ellos no son más que abogados mediocres, enfermos de bufetes sin clientela, de vanidades personales y sociales heridas y de retórica

acumulada, intentaran proscribir directamente a la minoría socialista e indirectamente al Partido Socialista.

Tan torpe y sin gallardía era la proposición monárquica, que Gil Robles y otros diputados de su minoría hubieron de sustituirla por la siguiente: "Declarar la incompatibilidad moral de la Cámara con los diputados que hayan tenido parte, por acción o inducción, en el movimiento revolucionario." Ante esta nueva proposición, los monárquicos retiraron la suya, declarando por boca de Goicoechea—que no sería un mal orador si no abusara de su lamentable afición a la garrulería, a las metáforas tropicales y a las lecturas de segunda mano y de cuarta categoría—que estaba mejor redactada que la suya; pero lo cierto es que no la retiraron por eso, sino porque no la hubieran votado más que los bonzos firmantes y algún otro como el judío-católico vasco-irlandés Ramiro de Maeztu, el clásico del "no me mates con tomates" y héroe de las "cinco listas": todo un récord.

La proposición de Gil Robles se abstiene de aludir a la minoría socialista y a los responsables "por solidaridad tácita" y se refiere sólo a los "que hayan tenido parte por acción o inducción". De una parte parece como si la incompatibilidad se extendiera también a otras minorías, singularmente a la de la Esquerra catalana, como se desprende de la borrascosa y merecida repulsa con que los diputados de ese Partido fueron recibidos en el Parlamento, y digo merecida porque no son dignos de trato mejor los que se presentan en la Cámara y se declaran insolidarios con sus compañeros políticos cuando los ven vencidos y presos.

De otra parte, esta actitud de las minorías de la derecha con los diputados de la Esquerra se contradice con la exégesis que un diputado radical, Guerra del Río, hizo de la proposición de Gil Robles y que subscribió este último. He aquí la opinión textual de Guerra del Río y de su Partido: "La minoría radical votará esa proposición, aun teniendo que hacer la salvedad de que en la interpretación de esa incompatibilidad moral a que aludía el Sr. Gil Robles, nosotros ponemos un límite determinado. Para nosotros la Cámara no tiene en ningún momento competencia por sí misma para decidir de la compatibilidad o incompatibilidad de diputados ya admitidos. Para nosotros esa incompatibilidad moral sólo alcanza a aquellos que hayan sido condenados por los tribunales de justicia." A esto respondió Gil Robles: "Creo que el Sr. Guerra del Río planteó con toda exactitud el alcance de la primera parte de la proposición que nosotros presentamos" (la parte relativa a la incompatibilidad). O sea: que la incompatibilidad moral sólo alcanza a aquellos que hayan sido condenados por los tribunales de justicia. Pero los condenados por los tribunales suelen ir a presidio y no al Parlamento. De modo que la flamante proposición de Gil Robles, que votaron 161 diputados, resultaba una perogrullada.

Con todo, el debate no fué inútil. Sirvió para que la minoría monárquica revelara un estado de conciencia al declararse moralmente incompatible con los diputados socialistas.

El Partido Socialista es lo más incompatible con la España feudal que representaba la monarquía y quieren seguir representando los diputados y periódicos monárquicos. El arquetipo de la revolución democrática es la Revolución francesa, que substituye la monarquía absoluta por la República parlamentaria; que distribuye los latifundios de la aristocracia entre los que van a formar la naciente pequeña burguesía territorial; que somete la Iglesia a la ley común y la separa del Estado, que se proclama laico; que democratiza el Ejército y todos los demás órganos y servicios del Estado, como la enseñanza, la higiene, la justicia.

La revolución democrática dista mucho de la revolución socialista; pero los socialistas españoles creímos que aquella era una etapa necesaria de la Historia, y con lealtad contribuimos a su instauración y a poner las bases del nuevo régimen. Se nos acusó de querer implantar el Socialismo desde el Poder, cuando todas las leyes que se aprobaron no eran más que balbuceos de la incipiente revolución democrática y liberal; leyes hace tiempo vigentes en todos los países civilizados. Los socialistas nos olvidamos de que lo éramos, y fuimos en ese famoso bienio sólo liberales y demócratas, como lo son los liberales y demócratas del Mundo entero.

Seguíamos pensando en el mito histórico de la necesidad de una revolución democrática. Cuando se habla de España hay que tener siempre en cuenta este carácter feudal, estacionario, incapaz de toda evolución, de las castas monárquicas, si se quiere comprender lo que hay de irreconciliable e incompatible en la entraña de la sociedad española. Otras monarquías, la mayor parte de las europeas, representan, al contrario, lo que va quedando en el Mundo de los Estados liberales y democráticos. Por una paradoja histórica, las monarquías inglesa, holandesa y las escandinavas simbolizan, como contenido social y político, las esencias de la revolución democrática, en tanto que buen número de Repúblicas europeas representan un salto atrás, una nueva feudalización del Estado, sólo que ya no es la tierra el sujeto principal de esta nueva organización social, sino la industria y el comercio y, sobre todo, el capital financiero. En substancia, el fascismo es la implantación de un nuevo feudalismo económico.

Los monárquicos españoles quisieron instaurar aquí este feudalismo económico, industrial y financiero; pero sin renunciar al otro feudalismo, al territorial y al de las otras oligarquías tradicionales. Es decir, que la ideología monárquica española encarna lo más bárbaro del pensamiento europeo. Esa ideología es la que ha torpedeado la revolución democrática en España; una revolución que virtualmente la han aceptado, ya hace tiempo, hasta las monarquías europeas. Con gentes que personifican esa ideología, un socialista no puede ser compatible ni moral, ni cultural, ni políti-

camente ni en nada. Son dos mundos que se repelen. Nuestra incompatibilidad con esa España inadaptable viene de lejos.

Lo de ahora es la confesión de su incompatibilidad con nosotros. Bueno. A nadie le quitará el sueño; pero bien está que se sepa. Los diputados que representan a esa España feudal no quieren tratos con los diputados socialistas; felicitémonos. Pero yo pregunto: ¿es que todavía hay socialistas que piensen que se puede colaborar ni parlamentar con ninguna representación de esa España?

Bloque de derecha y bloque de izquierda en la Internacional

P o r O T T O B A U E R

En febrero y marzo de 1933, bajo la impresión del triunfo de la contrarrevolución en Alemania, el *Bureau* y la Ejecutiva de la I. O. S. (Internacional Obrera Socialista) se declararon dispuestos a negociar con la Internacional Comunista las bases de una acción común contra el fascismo. La Internacional Comunista contestó con desdén. En los grandes partidos proletarios de Europa seguía viendo los conocidos "traidores sociales", "socialfascistas" y "baluartes de la burguesía", con quienes toda colaboración resultaba imposible e indeseable.

Desde entonces, la Internacional Comunista ha cambiado de actitud. Bajo la presión del imponente movimiento de contraataque con que las masas obreras de Francia supieron responder a la tentativa de golpe fascista de 6 de febrero, con sus motines en las calles, que se llevaron por delante al último Gobierno de izquierda francés, el Partido Comunista, que apenas hacía unas semanas acababa de excluir a Doriot de sus filas, por haber iniciado una política semejante en Saint-Denis, se decidió resueltamente en pro de una acción común con el Partido Socialista francés, proclamando como su principal objetivo "la defensa de las libertades democráticas".

Era la nueva consigna, táctica de la Internacional Comunista. No sólo en Francia los comunistas proponían a los socialistas alianzas de ese tipo. Cuando en octubre último la Internacional Comunista convocó a una reunión conjunta en Bruselas, para venir en ayuda de aquellas masas proletarias del continente empeñadas en una lucha similar a la de Austria, sus delegados, Cachin y Thorez, limitan sus conver-

saciones con Vandervelde y Adler a ese punto concreto. No se habla sino de eso, ni llevan los representantes de la Tercera Internacional mandato que extienda más allá sus poderes. Pero el simple hecho de la reunión de Bruselas aviva en grandes sectores del proletariado mundial la esperanza de que dicha iniciativa conjunta de solidaridad sea el punto de partida para una verdadera alianza de ambas Internacionales, contra el fascismo y contra la guerra.

Se explica, pues, que las reuniones recientes de la Ejecutiva de la Internacional Obrera Socialista en París girasen esencialmente en torno de dicho tema. Antes ya de ser convocada la Ejecutiva, le constaba a todo el mundo hasta qué punto las opiniones de los diversos partidos que integran la Internacional Socialista eran encontradas. Dentro de la I. O. S. se marcaba una diferenciación profunda, cual no se había conocido desde el Congreso de Hamburgo de 1923, que sella su nacimiento. La cuestión de la unidad de acción con los comunistas ha dividido a la I. O. S. en dos bloques de partidos. Uno de ellos lo forman el partido laborista británico y los partidos socialistas de Suecia, Dinamarca, Holanda y Checoslovaquia. Corresponden a los países de régimen democrático. Son partidos que, o bien están en el Gobierno, como en Suecia y Dinamarca, o bien se sienten, a través de una serie de elecciones parciales consecutivamente ganadas, en vísperas de alcanzar el Poder, como es el caso de los laboristas.

Nadie puede desconocer que los acontecimientos de los dos últimos años, el triunfo del fascismo en Alemania, en Austria, en Letonia, ha ido orientando a ese grupo de partidos cada vez más a la derecha. Su interpretación especial de los reveses sufridos por la clase obrera les ha llevado a la conclusión de que es inútil que el proletariado quiera luchar por las armas contra un poder dotado de los medios guerreros de combate que tiene hoy en sus manos un Estado moderno. Si el triunfo en las barricadas es imposible, habrá que buscarlo por otros procedimientos. En todos los países democráticos, la burguesía oscila entre la democracia y el fascismo. En todos los países democráticos, el fascismo fomenta y utiliza el pánico que en los núcleos agrarios y de la pequeña burguesía provoca, bien manejado, el espectro de la dictadura obrera, para presentar como única salida las soluciones gubernamentales de fuerza. Partiendo de tal argumentación, es natural que los partidos socialistas que forman ese primer bloque denuncien como extremadamente peligrosa toda política de aproximación a los comunistas. Estiman que cualquier acercamiento pondría en peligro su táctica de suavización de los antagonismos actuales, y sus esperanzas de ir eliminándolos mediante una prudente conducta democrática que fortifique los resortes normales del poder liberal, e impida que esos llamados sectores intermedios de clase caigan del lado del fascismo.

El que haya sido justamente esa misma política la practicada en Alemania; el que, a pesar de practicarla, con singular tenacidad, la Social-

democracia alemana no lograse los resultados apetecidos; el que, pese a todas las prudencias, esos mismos elementos a quienes se deseaba no herir se inclinasen en último término, de un modo decisivo, al hitlerismo, todo eso, con ser experiencia histórica reciente, se ha olvidado ya. Hubiesen querido, por lo visto, repetir el ensayo todavía en otras partes, y que el socialismo austriaco hubiese agotado también hasta el fin, cualesquiera que fuesen las dificultades, "la cooperación con el Estado", y que en otros sitios se hubiese igualmente sorteado la tormenta del avance reaccionario, sin recurrir a la fuerza, con persuasión, con paciencia, aguardando a que sonase de nuevo la hora democrática.

De otro lado, hay que tener en cuenta que en todos esos sitios, excluyendo Checoslovaquia, las fuerzas comunistas son más bien insignificantes. Sus partidos socialistas están convencidos de que una acción común con los comunistas apenas significa un refuerzo de sus posiciones. Por el contrario, tales aproximaciones pueden enajenarles la simpatía o la neutralidad de algunos sectores de la pequeña burguesía y del campesinado. De ahí que declinen rotundamente toda unidad de acción.

Ya antes de la reunión de París había declarado abiertamente Albarda, el líder de la Socialdemocracia holandesa, que su partido saldría de la I. O. S. si ésta se decidía a entrar en negociaciones con la Internacional Comunista para una alianza de lucha. No cabía duda que contaba con el apoyo del Partido laborista británico y de los socialdemócratas de Escandinavia y Checoslovaquia.

Frente al bloque de derecha se halla la izquierda de la I. O. S., profundamente convencida de que en los momentos actuales no hay nada más urgente ni más indispensable que la unidad del proletariado, y que el primer paso hacia esa unidad es la inteligencia con la Internacional Comunista.

A la cabeza del bloque de izquierda se halla el Partido Socialista francés. La razón es clara: está en los acontecimientos del 6 de febrero de 1934, que dominan aún hoy la política de Francia. El hecho de que las algaradas fascistas de París consiguiesen dar en tierra con un Gobierno de izquierda que disponía de una inequívoca mayoría en la Cámara, abrió los ojos a las gentes sobre los verdaderos vuelos que iba tomando el fascismo en el solar de la República. Para realzar todavía más la trascendencia de todo aquello, estaba la coincidencia con los sucesos de Austria. Una poderosa contracorriente de defensa sacudió cuanto hay de más auténtico en el republicanismo francés, reverdeciendo en el pueblo de París su mejor tradición jacobina. No son sólo los partidos socialistas y comunistas los que se aprestan al contraataque.

Instantáneamente cesan las disputas inútiles dentro del movimiento obrero francés. Miles de obreros a quienes el espectáculo de discordia, de controversia envenenada y estéril de los últimos diez años, habían alejado con repugnancia de las asambleas de uno y otro partido, vuelven a

llenar las salas, donde la palabra alterna de propagandistas socialistas y comunistas deja entrever ya un camino claro de esfuerzo solidario y eficaz. Y el resultado es tal, que hoy día, dentro del Partido Socialista francés, donde siempre fué abundante la variedad de matices, no hay nadie que se pronuncie en contra de la unidad de acción.

Si eso ocurre en un país como Francia, en que el fascismo no pasa todavía de ser una amenaza, habrá que preguntarse si la unidad de acción no está más que sobradamente justificada allí donde el fascismo es ya un hecho. Donde socialistas y comunistas han pasado por la misma experiencia amarga, la polémica entre la táctica del reajuste, de ir tirando, de ir sorteando el peligro fascista, y la otra táctica, carece de sentido. Es la llamada burguesía liberal la que se ha encargado de dejar dicha controversia reducida a un debate insubstancial, rebasado por la realidad. En los sitios de que se ha adueñado ya el fascismo, toda dispersión de fuerzas es disparatada y suicida.

Pero no es sólo la situación especial en cada país la que debe ser tenida en cuenta, sino la situación total. Para la marcha ascendente del fascismo no ha sonado todavía la voz de alto. Si es cierto que la magnífica reacción del proletariado francés ha detenido sus avances en Francia, no creo que el sentido bien agudo de nuestros camaradas franceses les incline a juzgar la batalla como definitivamente ganada. Y en Francia se decide la suerte de la democracia europea. Es inútil que sobre esto se hagan ilusiones nuestros camaradas de otros países democráticos más pequeños. Una derrota de las instituciones democráticas en Francia por ataque fascista, supone la desaparición, más o menos rápida, de las otras democracias continentales. Es así, con ese concepto de totalidad, como hay que enfocar la conveniencia de la unidad de acción.

Al mismo tiempo, cada día crece el peligro de una nueva guerra. En el Sarre, en el Danubio, en varios sitios a la vez, se acumulan y agravan los conflictos que amenazan la paz mundial. El desequilibrio producido en las relaciones potenciales de fuerza, por la carrera armamentista de Alemania, da a cada conflicto local los riesgos de convertirse en cualquier momento en pretexto de una nueva conflagración. Un estadista tan sobrio y temperamentalmente tan adverso al pesimismo sensacionalista como Benès, decía hace poco en el Parlamento de Praga que en los próximos doce o dieciocho meses se decidiría la suerte de la paz. Y el proletariado europeo tiene que pensar ya desde ahora en que puede llegar un momento en que en el centro de los nuevos conflictos se encuentre todo el futuro de la gran revolución rusa. Debe preguntarse si ante tales perspectivas y los deberes que una tal posibilidad le impone, le es lícito tolerar que las fuerzas proletarias sigan cada una marchando dispersas por su lado.

Es cierto que hasta hace poco era la Internacional Comunista la que, con su actitud, hacía imposible todo acercamiento. ¿Pero es ése el caso hoy? La Unión Soviética se encuentra amenazada por dos sitios distintos:

en el Este, el imperialismo japonés; en el Oeste, el fascismo alemán y polaco. El peligro de una guerra doble tenía que llevarla, como la ha llevado, a buscar ayudas eficaces. Su nueva política de acercamiento le ha permitido entenderse con Francia, con la Pequeña Entente y los países del Báltico. Ha entrado en la Sociedad de las Naciones. Ha procurado atraerse, y lo ha conseguido, mediante la modificación de alguna de sus posiciones anteriores en lo que toca a la intelectualidad, la literatura y el arte en su propio país, las simpatías de lo más destacado de la intelectualidad europea occidental. Su decisión de apoyar en Francia, a través de la unidad de acción, el movimiento popular en pro de "la defensa de las libertades democráticas" y su resuelta actitud contra cualquier avance del fascismo francés, son signos inequívocos de ese inteligente cambio de frente. Su interés está en tratar de asegurarse igualmente, para el caso de un serio peligro de guerra, el apoyo del poderoso Partido laborista británico. En una palabra, sus intereses todos van en esa dirección de la unidad de acción.

Desde luego es difícil conocer el pensamiento íntimo de quienes dirigen la Internacional Comunista. Puede haber entre ellos quienes, bajo la consigna de la unidad de acción, especulen con la vieja táctica de pequeñas "maniobras" destinadas a desencadenar una lucha de concurrencia entre los dos partidos y minar los cuadros socialistas. Y, sin embargo, la situación es demasiado seria para la Unión Soviética y para el proletariado mundial, para estancarse en posiciones de desconfianza y recelo. Yo me pregunto si ante los avances del fascismo, las amenazas constantes sobre la paz mundial y los peligros de una guerra, en la que el futuro de la Unión Soviética resultase comprometido, y cuyo desenlace, de ser desfavorable a la Unión Soviética, pudiese anular durante generaciones la esperanza de establecer un régimen socialista, si frente a tales perspectivas hay alguien capaz de tomar sobre sí la responsabilidad de dificultar y oponerse a las corrientes unitarias entre el proletariado occidental y la gran Revolución rusa. Y si este argumento no pesa, históricamente, más que todos los temores juntos de nuestros camaradas británicos, escandinavos y holandeses, de que una acción combinada de las dos Internacionales vaya a dificultar su labor conciliatoria y democrática en sus respectivos países.

Ha sido ese orden de consideraciones las que nos han decidido a un grupo de partidos a defender la unidad de acción y a formular, al ser rechazadas nuestras iniciativas por la mayoría de la I. O. S., nuestra declaración de minoría.

Durante las reuniones de la Ejecutiva, algunos partidos, especialmente el partido belga, intentaron conciliar ambas corrientes. Pero, tal como yo lo dije en el Pleno, no hay posibilidad de transacción entre un "sí" y un "no", entre la recomendación insistente de una invitación a la Internacional Comunista y su declinación sistemática.

¿Qué podía hacer en estas circunstancias la Ejecutiva? Decidir la diferencia a través de una votación de mayoría, hubiese sido ahondar las discre-

pancias e incluso poner en peligro la existencia misma de la Internacional. De un lado y de otro se hizo cuanto cupo por evitarlo. No era, en efecto, el mejor modo de proseguir la marcha hacia la unidad del proletariado el suscitar una escisión de la I. O. S. Con toda la trascendencia que para el proletariado mundial tiene la inteligencia de las dos Internacionales, no debía ser conseguida a costa de una escisión entre los partidos socialistas occidentales y de una ruptura irreparable entre Londres y París. Tal como estaban las cosas sólo cabía salir del punto muerto, dejando a cada partido en plena autonomía de decidir por sí mismo la cuestión de la unidad de acción conforme a las condiciones peculiares de cada país. En lo que se refiere al problema total, la Ejecutiva ni decidió llevar a cabo la invitación a la Internacional Comunista, tal como el bloque de izquierda le exigía, ni descartó para siempre tal invitación, cual lo pretendían los partidos del bloque de derecha. Es una cuestión que ha quedado sin resolver y en pie.

Por lo demás, no hay que engañarse de que tras la polémica en torno a la unidad de acción se ocultan profundas diferencias de concepción socialista.

El problema de la unidad de acción del proletariado no es de ninguna manera exclusivamente un problema orgánico. Es un problema de concepción política y social. La división del movimiento obrero en los dos campos conocidos, de las dos Internacionales, ha introducido en la ideología socialista una corriente de deformación de algunos conceptos fundamentales. A fuerza de polemizar unos y otros, se ha llegado a sacar de premisas bien sentadas, consecuencias erróneas.

Así, si de un lado los bolcheviques, partiendo de la tesis exacta de que la democracia burguesa y el fascismo son dos formas diferentes del régimen de clases inherente a la burguesía, habían llegado a la conclusión equivocada de que para el proletariado, en el fondo, le era igual una forma de dominio que otra, de otro lado ciertos partidos de la Internacional Socialista han caído en el extremo opuesto, de sobreestimar míticamente la democracia. De este modo, de un lado se debilitó durante mucho tiempo el interés de un sector considerable de la clase obrera por las conquistas de tipo democrático, mientras que en otros sitios se sacrificaban los intereses de la táctica socialista al empeño de evitar toda lucha que pudiese servir de pretexto a los elementos fascistas para esgrimir el argumento del peligro revolucionario obrero con vistas a situaciones dictatoriales reaccionarias de fuerza.

A la enseñanza histórica corresponde superar los antagonismos aquí expuestos entre una tendencia y otra, hasta llegar a una concepción integral del socialismo, que logre unir ambas interpretaciones diferentes, de modo que la lucha por procedimientos democráticos en aquellos países y en aquellas épocas en que todavía quepa practicarla, y la lucha por otros métodos en países y momentos históricos distintos, sean la expresión uniforme de una misma lucha de clases con un mismo objetivo, la instauración del

socialismo. A superar el antagonismo de las dos concepciones más arriba expuestas iba encaminada la llamada "Segunda Internacional y media". Es un camino que se desdibujó luego del todo al rechazar la Internacional Comunista las proposiciones de unidad de acción formuladas en su tiempo por la I. O. S. Y que vuelve otra vez ahora a abrirse paso con la actitud del bloque de izquierda que acaba de formarse dentro de la I. O. S.

La revolución del "Estat Catalá"

Por RAFAEL VIDIELLA

La Generalidad de Cataluña, a las pocas horas de declarado, por boca del Sr. Companys, el *Estat Catalá* dentro de la República Federal Española, cayó sin oponer ninguna resistencia. Conviene ahora analizar el porqué ha sido posible dominar tan rápidamente esa revolución de *Estat Catalá*.

Antecedentes próximos. Cuando el 12 de abril de 1931 las elecciones municipales dieron en toda España el Poder a los republicanos y socialistas, Cataluña fué, con Eibar, el primer pueblo que implantó la República. Temerosos, sin duda, los republicanos catalanes que los del resto de España no se atrevieran a aprovecharse de la victoria electoral, aquéllos declaran la República Catalana. Aunque entre los republicanos catalanes los hubiera de formación separatista, es cierto que éstos eran los menos, y, además, no olvidaban que su triunfo electoral lo debían a grandes masas trabajadoras—las de la C. N. T.—, de formación antiseparatista y que, por excepción, acudieron a votar en 1931. De manera, pues, que no es posible buscar otra interpretación a la declaración de la República Catalana en 1931 que la apuntada anteriormente. En Cataluña, en general, tanto por las masas obreras como burguesas, sólo se siente una gran apetencia autonomista, pero dentro de la unidad política que es España, y bastó que en ésta se proclamara la República en la noche del 14 de abril y que don Fernando de los Ríos y D. Marcelino Domingo fueran, en nombre del Gobierno provisional, a Barcelona a entrevistarse con el Sr. Maciá, para que éste y los que le seguían cesaran en su actitud, bajo la promesa de reconocer la Generalidad de Cataluña y la concesión después de un Estatuto autonómico por las Cortes Constituyentes.

Esto satisfizo a la inmensa mayoría de los catalanes; mas como en toda colectividad humana hay siempre sectores recalcitrantes, no es extraño que éstos existieran en forma separatista, si bien, de momento, acallados, tanto

por la voluntad general como por la autoridad moral del Sr. Maciá, que fiaba lo mismo en su propia palabra como en la de los que le prometieron un Estatuto generoso y amplio.

Hasta en las elecciones generales para las Cortes Constituyentes se mantuvo firme y homogénea la disciplina moral y política de los republicanos catalanes de izquierda. Estos obtuvieron un triunfo electoral más resonante aún que el del 12 de abril, lo que demostró que el favor popular, junto con el plebiscito para el Estatuto, ratificaba su posición simplemente autonomista. El sector separatista, como se ve, continuaba asfixiado por la enorme avalancha de la multitud. Y no tan sólo quedaba asfixiado el separatismo—buena prueba son los dos recibimientos entusiásticos que todo el pueblo catalán hizo a los Sres. Alcalá-Zamora y Azaña—, sino que un organismo tan potente como la C. N. T., que durante tantos años en Cataluña fué la única fuerza revolucionaria, quedó, de momento, anonadado.

¿Qué ha ocurrido, pues, para que la madrugada del 7 de octubre capitulara la Generalidad sin defenderse y sin ser defendida, después de breves horas de *Estat Catalá* dentro de la República Federal Española?

Polarización de fuer-
zas.

Sencillamente ha ocurrido que las revoluciones de hoy no pueden hacerse a medias. Hay dos fuerzas en todo el mundo en presencia: la del capitalismo y la del proletariado, y los términos medios no pueden satisfacer a ninguna de las dos, porque a ambas descontentan.

La *Esquerra Republicana de Catalunya* era un partido sin tradición en la vida política catalana. Apenas si eran conocidos algunos de sus hombres. Tanto es así, que no creían ganar las elecciones del 12 de abril, y se dió el caso de que con linterna, como Diógenes, buscaban no ya hombres, sino nombres para llenar su candidatura. Muchos se negaron, ¡ay!, a dar el suyo—después se tiraban de los cabellos—, porque presumían que no iban a salir vencedores.

En Cataluña había sólo dos fuerzas verdaderas, homogéneas: la *Lliga* y la C. N. T., es decir, la capitalista y la proletaria. Pero ésta era y es enemiga irreconciliable de la lucha política, de la conquista de los Municipios y el Parlamento. La revolución española tuvo en 1931 la válvula de escape de las elecciones municipales. Si en Cataluña hubiera sido la C. N. T. quien presentase candidatos, éstos hubiesen triunfado. Por una razón muy sencilla y poderosa: porque ningún sector catalán había sido tan duramente perseguido por la monarquía y la *Lliga*, y nadie más combatió tan acerbamente a éstas, desde 1911, como la C. N. T. Yo tuve ocasión de prever en 1929 este posible triunfo de la C. N. T., si la revolución española desembocaba en una lucha política; pero el organismo confederal, al inhibirse, dió el triunfo en Cataluña y en algunas provincias de España a muchos abogados y amigos de éstos que defendieron a los sindicalistas cuando eran perseguidos por la monarquía. El caso de Companys, Casanovas, Sam-

blancat y la *Esquerra*, en Cataluña; Barriobero, en Gijón; Soriano, en Málaga, y Balbontín, en Sevilla.

No es baladí este dato, sobre todo en lo que se refiere a Cataluña. Porque, además, él nos explicará el secreto de ciertas conductas personales y algunas reacciones individuales y colectivas contra la *Esquerra*. Lo de la nariz de Cleopatra es de un gran sentido simbólico, y en los casos que mencionamos pueden tenerlo algunas ambiciones resentidas.

Desde el Sr. Maciá al último de los hombres de la *Esquerra* habían durante muchos años tenido gran contacto con los elementos más significados de la C. N. T. El contacto que se derivó de su lucha común contra la monarquía, lo mismo en Cataluña que en la expatriación. Ocupado en esa región el Poder por la *Esquerra*, durante los primeros meses los despachos oficiales parecían más Sindicatos de la C. N. T. que no organismos políticos republicanos. Los hombres de la *Esquerra* estaban aún impregnados del ambiente social que respiraran durante su convivencia con sindicalistas, y lo mismo era llamado compañero Luis el gobernador, que camarada Jaime el alcalde. ¡Aquel sí que fué un verdadero momento de euforia revolucionaria! No era de extrañar, no, que los elementos de la *Lliga* se escondieran y que Cambó creyera que hasta el Sr. Maciá se convirtiera en el "anarquista de Tarrasa".

Pero esa euforia revolucionaria despertó un sentimiento ambicioso muy humano entre determinados elementos: la carrera política. El hecho de que cualquier Juan Lanús se encontrara de buenas a primeras aupado, por azar, en los sillones concejiles y parlamentarios, empezó a desencadenar envidias y una invasión de "moros amigos" en el partido del vencedor. Afluyeron a la *Esquerra* gentes de todos los partidos y partidas: de la *Lliga*, de la *Lligueta*, socialistas, comunistas, de la C. N. T. y hasta anarquistas ferozmente apolíticos.

Lo gracioso del caso es que fueron más bien recibidos y agasajados los "moros amigos" que los amigos del propio partido. Pero no hubo bastante pan para todos, y ya sabemos el efecto corrosivo que es capaz de producir luego el despecho del amor propio herido. Quizá fué este estado de espíritu el que empezó a motivar que la vieja guardia que siguió a Maciá en los días de desgracia y conspiración, se apretara en las filas de *Estat Catalá*. De esta agrupación, adherida a la *Esquerra*, pero que en realidad era la que presidía el primer presidente de la Generalidad durante la dictadura. De esta agrupación que, pese a su aparente disciplina con la *Esquerra*, en verdad estuvo siempre en desacuerdo con ésta, tanto en lo que se refiere a procedimientos políticos, como en el porcentaje que deseaba tener en los organismos directivos del partido y en los cargos políticos y del Gobierno de Cataluña. En una palabra: *Estat Catalá* era una especie de logia masónica dentro de la *Esquerra* Republicana de Cataluña.

Aquí comienza a polarizarse ya ésta en tres sentimientos distintos: un grupo de obreristas, que se agrupan dentro de la *Esquerra* para llevar a ésta

a realizaciones sociales. Otro grupo ya mencionado, que es el de *Estat Catalá*, y un tercero, el más numeroso, el grueso de la *Esquerra*, que, con las nuevas aportaciones de recién llegados de la *Lliga*, *Lligueta*, etc., etc., pone un mucho de "orden" y "concierto" en los despachos oficiales, hasta que cada vez concurren a éstos menos sindicalistas y anarquistas y más sacerdotes y otros elementos píos, y dejándose, asimismo, de emplear en los documentos oficiales las palabras compañero, camarada y ciudadano gobernador y alcalde, para substituirlos por las más sonoras y elegantes de excelentísimo señor.

Las fuerzas homogéneas, como se ve, se polarizan, sin contar el nacimiento de otras nuevas, que en un principio siguieron también al Sr. Maciá, como *Nosaltres Sols*, *Partit Catalá Proletari*, uno de cuyos líderes de esta última fué Jaime Compte, muerto recientemente por la fuerza pública en un tiroteo.

Recrudescimiento del separatismo.—Triunfo del grupo "Estat Catalá". Pero la lucha de clases—tan vieja como la aparición de las clases en la sociedad—sigue su curso. La C. N. T. y la F. A. I. plantearon una serie de conflictos huelguísticos. El más duro de éstos, el que seguramente—aparte el de la ley de Contratos de cultivo—ha tenido más derivaciones políticas en Cataluña, fué el de los tranviarios. Los tranviarios, que nunca holgaron durante la monarquía y la dictadura, fueron los primeros que en Cataluña rompieron el fuego. Aprovecharon para declarar una huelga por demandas económicas los ocho días anteriores a las elecciones para las Cortes Constituyentes. La palabra "murcianismo", dirigida a la F. A. I., sale despectiva y rencorosamente de los labios de muchos hombres de *Estat Catalá*. Empieza, pues, a nacer un rescoldo de prevención contra el forasterismo.

Las huelgas planteadas por la C. N. T. siguen sucediéndose, paralelamente a la ofensiva que la *Lliga*, dueña de la economía catalana, emprende contra obreros y la *Esquerra*. Pero de la lucha de clases sólo suelen verse los efectos, que son las huelgas planteadas por los obreros, sin pararse a considerar si en realidad no son los que tienen en sus manos la economía del país quienes las provocan con ficticias crisis económicas. Porque luego vemos la serie de crecidas cuotas que ciertos industriales dan para premiar el deber de la fuerza pública. Cuando aquello ocurre, la Prensa envenena la opinión dirigiendo sus tiros contra los trabajadores. Nuevo apretar de dientes de los patriotas y mayor recrudescimiento del patriotismo. Ya el "murcianismo" corre de boca en boca y ya se oye por todas partes que el forasterismo quiere arruinar la economía catalana. *Estat Catalá* aprieta sus filas, disciplina sus escamots.

La lucha de clases, sin embargo, no cesa. También los obreros no dirigidos por la F. A. I. reclaman mejoras. Los trabajadores mercantiles, los de agua, gas y electricidad y los contra maestres de las fábricas textiles de-

claran huelgas sucesivas que afectan a cientos de miles de proletarios. La Generalidad usa en estos conflictos las dos caras de Jano: soluciona las dos primeras, dando amistosamente palmadas en la espalda de ambas partes, autorizando a subir el precio de los productos. Hoy paga el productor, que es a la vez consumidor, más caros el agua, el gas y la electricidad. Vuelve a rascarse el usuario el bolsillo y también las Compañías podrán engrosar la lista de donativos a los cumplidores del deber. La huelga que no se soluciona es la de los contra maestres, que llegó a afectar a 200.000 trabajadores. ¡Ah! Las fábricas textiles son el feudo de la *Lliga*. El consejero de Trabajo, un antiguo militante de la C. N. T., quiso hacer fuerza sobre los patronos. Salió vencido, como de todo ello salieron también descontentos *Lliga*, contra maestres, obreros y usuarios, que pagan más caro el consumo.

Los incendios de tranvías no cesan. Se entremezcla la ley de Contratos de cultivo, con oposición de las derechas catalanas y el Gobierno de la República, y el sentimiento separatista se eleva al cubo. *Estat Catalá* domina ya plenamente. Logra, incluso, los supremos puestos de la Consejería de Gobernación y la Comisaría de Orden público.

Pero quien lleva la peor parte del chovinismo de esos dos personajes es la F. A. I. Los calabozos de la Jefatura de Policía conocieron, corregidos y aumentados, los peores tiempos de Anido y Arlegui. Los guardias de Asalto, vergajo en mano, se precipitaban sobre los de la F. A. I., gritando:

—¡Empieza la sesión de esgrima!

Simulóse en cierta ocasión un fusilamiento en los calabozos, poniendo de espaldas a la pared al detenido, haciendo una descarga al aire y tirando piedras a la espalda del preso, como para hacerle sentir la sensación de las balas. De este hecho se vanaglorió ante los periodistas un comisario, alegando que era una estratagema para hacer "cantar". Y estos "cantos" no valieron luego ante los Tribunales de Justicia, que absolvían a la mayoría de los "saboteadores". Pero como la justicia, según Dencás y Badía, estaba en manos de los enemigos de Cataluña, de "murcianos" como los saboteadores, llegóse a prender a la justicia. Nueva exaltación del separatismo, y anotemos el efecto que todo ello iba produciendo al 40 por 100 de habitantes no catalanes de Barcelona. Hacemos caso omiso del efecto que produjera en el resto de España.

El proletariado estaba desarmado. *Estat Catalá* temía que éste le desbordara. Por otra parte, la clase trabajadora sospechaba, no sin razón, que sería acribillada por *Estat Catalá*, que poseía más de 10 toneladas de armamento. Además, se había establecido un profundo abismo entre el proletariado propiamente dicho y la Generalidad. El armamento en manos de *Estat Catalá* no sirvió de nada. Ya lo pronosticó, unos meses antes, un conocido militante de la F. A. I., García Oliver:

—A éstos—dijo, refiriéndose a los *escamots*—, una zurra en el culo, y a dormir.

No se equivocó.

La vida y la muerte del rey Alejandro

Por MIRKO TURTKOVITCH

No se pueden predecir todavía las consecuencias internacionales del atentado cuyas víctimas fueron Alejandro Karageorgievitch, rey de Yugoslavia, y M. Barthou, ministro de Estado de la República francesa. Si la historia se repite, claro es que el doble asesinato, visto quiénes eran sus instigadores, tendría que conducir fatalmente a una nueva guerra. Predecirla hoy día, resulta tan aventurado como negar rotundamente su inminencia. La analogía aparente con el atentado de Sarajevo es tan grande como lo es la de la tensión internacional de 1914 con 1934.

Al decir "analogía aparente" en cuanto al atentado, lo hago para subrayar que no existe tal analogía. Hubiera podido existir teniendo en cuenta que el odio de todos los yugoeslavos contra el rey Alejandro en nada es inferior al odio que tenían las juventudes yugoeslavas de la generación de 1914 a los emperadores y reyes de la casa de Austria. Pero los asesinos de 1934 no guardan relación alguna con el movimiento popular yugoeslavo, cuya finalidad era liberar a la nación del rey perjuro y felón que fué Alejandro Karageorgievitch. El asesino de Marsella y sus cómplices no eran elementos de origen yugoeslavo, ni actuaron por orden de los revolucionarios yugoeslavos, marxistas o burgueses. Eran mercenarios de otra política, o, mejor dicho, de unas combinaciones políticas en cuyo fondo se puede discernir con toda claridad la política de restauración de los Habsburgos, secundada por los manejos de la Compañía de Jesús, por las reivindicaciones de los señores feudales húngaros y por las aspiraciones balcánicas de Italia que pasan, como ya lo he explicado en LEVIATAN, por el Comité revolucionario macedónico.

Los terroristas de Sarajevo no eran mercenarios, no servían a intereses contrarios a la independencia nacional; fueron ejecutores de la voluntad revolucionaria de una minoría nacional oprimida por la dinastía de Austria. La única analogía admisible estriba en el ciego fanatismo de los individuos encargados de la ejecución de aquella sentencia capital. Los resultados de las investigaciones policíacas y judiciales en el caso de los dos atentados prueban las siguientes semejanzas y diferencias. En ambos casos existe un rasgo común: las armas que han servido a los terroristas eran de procedencia extranjera. Gavrilo Princip, Danilo Ilich, Chubrilovich y los demás conjurados de Sarajevo procedían de la minoría serbia perteneciente al antiguo imperio de los Habsburgos, así como Kelemen-Suk, Persetz, Ante Pavelitch son miembros del sector croata que niega la identidad nacional de los serbios y de los croatas. Los primeros luchaban por la idea de la

unidad nacional de las tres ramas de la raza yugoeslava; los otros, por la separación de la entidad nacional. A los de Sarajevo los armaron en territorio serbio, no cabe duda; pero habían recibido las armas de un grupo subversivo perseguido por la Serbia oficial. Además, se comprobó en el proceso mismo que la idea del asesinato de Sarajevo no había nacido en los cerebros de la juventud revolucionaria de Bosnia, sino que la sugirieron tres oficiales austríacos, agentes provocadores del Estado Mayor austro-húngaro.

En todo crimen hay que preguntar: *¿cui prodest?* Entonces era Austria el fuerte, el Estado que buscaba su expansión hacia Salónica, pasando por una Serbia avasallada, mientras que Serbia se encontraba sobremanera debilitada por las guerras balcánicas y carecía de los medios más elementales para una guerra moderna. En el caso de Marsella, la indicación *¿cui prodest?*, aun sin conocer a los cómplices ocultos entre bastidores, nos lleva a pensar en la alianza que hay entre la Hungría de Horthy, la Italia de Mussolini y el Comité macedónico, que patrocina abiertamente el fascismo italiano, y con el cual colaboran los elementos croatas habsburgianos que, a su vez, están patrocinados, en primer lugar, por Hungría.

Además de estas indicaciones políticas tenemos, como queda dicho, los resultados de la policía francesa, belga, suiza y yugoeslava. Los cómplices acusados del asesinato de Marsella han confesado que se les armó e instruyó en el manejo de las armas en Yanka-Puszt, Hungría, y bajo el mando del destacamento T. del Estado Mayor húngaro. Este destacamento es, por su misión, idéntico al *Intelligence-Service* de Inglaterra y al *II. Bureau* de Francia: espionaje militar y acción directa para inquietar a los países donde los respectivos Estados Mayores desean cometer actos terroristas u otros para sembrar el pánico y la desmoralización en las filas del adversario. Mirando un poco a la entraña de estos organismos nacionales, llegaremos sin dificultad a la llamada *Internacional sangrienta de los armamentos*. Como siempre, es ella la que provocó, en última instancia, el acto que muy fácilmente podría volver a transformarse en la chispa que incendiara a Europa. No hay que olvidar que, después de la guerra y del desmembramiento de la antigua Hungría, el alto capital inglés se incautó de este país y que fué el *Foreign Office*, instrumento de la industria pesada y de los banqueros londinenses, el protector de la política húngara e incluso de las reivindicaciones nacionales a que aspiran los sucesores del antiguo imperio de los Habsburgos. Sin este apoyo, Hungría, tan pequeña, tan pobre y tan perturbada como está, nunca se hubiera atrevido a desafiar no sólo a sus vecinos, sino también a la Sociedad de las Naciones. Sin ese apoyo no se hubiera realizado nunca la estrecha alianza italo-húngara y el predominio italiano en el ejército de Hungría. Más que cualquier otro síntoma, refleja la autoridad de Inglaterra sobre la política húngara el hecho de que Hungría, al primer choque entre Mussolini y Hitler, se mantuviera indecisa. Su política nacionalista le señalaba la esfera mussoliniana. Los reparos

ingleses la obligaron a no exponerse en tal sentido. Es, además, muy característico que los *nazis* húngaros colaboraran de la manera más íntima con los *nazis* austríacos y alemanes hasta que a Inglaterra le pareció necesario contribuir ella también al aislamiento del "Tercer Reich". Entonces el Gobierno húngaro, leal o fingidamente, procedió contra las organizaciones nacional-socialistas en su territorio.

Resumiendo brevemente, el juego internacional que precedió al acto de Marsella era el siguiente: Inglaterra, durante muchos años, hacía todo lo posible para debilitar el predominio francés en Europa. En tal sentido levantó ella su edificio político, sobre la base de todos los elementos disconformes con los resultados de la guerra mundial. De otro lado, Francia seguía tenazmente su política de Versalles, formando alrededor de su política una cadena de alianzas político-militares cuyo punto central era la Pequeña Entente y esa Yugoslavia tradicionalmente amiga de Francia y la fuerza militar más formidable en el Este de Europa. Rutinaria en todo, Francia prescindió de hacer intervenir en sus intrigas políticas las influencias económicas. En mi anterior artículo de LEVIATAN ya expliqué el rumbo que tomó la política yugoeslava respecto a Francia, a causa del crecimiento del influjo germánico, infiltrándose en la conquista de la industria yugoeslava. Alejandro Karageorgievitch encaminó su política, en los últimos meses de su vida, hacia una aproximación a Alemania, y de ahí surgió un peligro para la política francesa. Se trata de un peligro que en otras circunstancias hubiera podido conducir al resultado de una mejora en las relaciones yugoeslavo-húngaras, como ha producido una "reconciliación" entre Yugoslavia y Bulgaria.

Todos los intereses de Alejandro como dictador y de Alejandro como especulador financiero exigían ese nuevo rumbo y convenían, además, a la política nacional-socialista que, después del enfriamiento de las relaciones italo-germánicas, tiene sumo interés en debilitar las fuerzas orientales de Francia. Sabido es que la actitud de Alemania ha obligado a Inglaterra a ejercer una presión en Budapest en favor de una política menos agresiva para con la Pequeña Entente. También se conocen los esfuerzos de Barthou para alejar a Hungría de Alemania, sobre todo después que Polonia cambió su actitud para con Francia, aproximándose al "Tercer Reich". Amenazado él también por el desarroko de la política alemana, Mussolini empezó igualmente un juego de "reconciliación" con Francia. De ahí resultó un nuevo peligro para la política y la integridad territorial y nacional de Yugoslavia. Lo que necesariamente contribuyó a persistir el rey Alejandro en su tendencia de apartarse de la política francófila secular y buscar otros aliados.

A la política francesa no le conviene de ninguna manera perder su base de operaciones en los Balcanes: Yugoslavia. Hubo en la Prensa francesa advertencias más o menos discretas, dirigidas a Alejandro Karageorgievitch, y, cuando éste se hacía el sordo, gestos enérgicos contra Yugoslavia en

forma de operaciones hostiles en la Bolsa internacional. Tan pronto como el mundo bursátil se percató del enfriamiento franco-yugoeslavo, el *dinar*, la moneda nacional de Yugoslavia, que venía resistiendo desde hacía diez años, con la ayuda francesa, a la desvalorización lógica dado el malestar de las finanzas del país, empezó a decaer rápidamente, perdiendo en apenas más de un año alrededor del 40 por 100 de su valor internacional. A Alejandro, hombre desprovisto en todo momento de la autocrítica necesaria para frenar sus ambiciones, todas estas advertencias no le bastaban.

Lo mismo que en su política interior—de la cual vamos a tratar en este artículo—, también en política exterior él se creía un hombre fuerte. Muy inculto y, por consiguiente, de una visión muy estrecha, se atrevió a desafiar a la política francesa y a insistir en su camino, hasta que Francia perdió la serenidad y le hizo comprender que había que declararse por un bando o por otro. Fué entonces cuando se decidió a emprender ese viaje, del que ha vuelto a su país no cargado de laureles, sino de coronas fúnebres su ataúd. No cabe duda que nadie en Francia tenía la intención de poner término a los días del rey de Yugoslavia. Pero hay un encadenamiento de circunstancias que hace pensar en que la vida de Alejandro ya no era muy preciosa para Francia. Al menos *Paris-Soir* hizo saber que la vigilancia sobre la vida del huésped de la República había dejado mucho que desear. Sobre todo, si es verdad que las policías de Bélgica y de Suiza habían notificado a la de Francia un ir y venir de individuos sospechosos que coincidía con el viaje del rey. Pese a eso, como lo demuestra claramente la película de la recepción y del atentado en Marsella, faltaba el cordón cerrado de agentes de la policía que habitualmente suele acompañar a los actos de ese tipo. Con esto no se quiere formular recriminación ninguna contra el Gobierno francés. Aun en el caso de que las sospechas mencionadas se confirmaran, no se podría acusar a quien ha obrado en defensa propia. Y digo defensa propia, porque nadie podía prever por qué camino le llevarían sus ambiciones y sus intereses al hombre que había perdido todo norte moral, hasta el punto de cometer actos de extrema felonía y criminalidad. De esos vamos a hablar ahora.

Alejandro Karageorgievitch no había subido al trono legalmente. Hijo menor del rey Don Pedro, hombre de altísimas cualidades morales, Alejandro no tenía derecho a su sucesión. El príncipe heredero era Jorge, el primogénito. Cuando en octubre de 1908 Austria, con menosprecio para el artículo XXXV del Tratado de Berlín, proclamó la anexión de Bosnia y Hercegovina, un movimiento de exasperación nacional estremeció a todas las regiones yugoeslavas de la antigua monarquía y de Serbia. Se organizó, en señal de protesta, el Comité "Libertad o muerte", formado por elementos serbios, croatas y eslovenos, sobre todo estudiantes e intelectuales; pero también ingresaron en él muchos jóvenes oficiales del ejército serbio. El cerebro de esta conspiración más o menos vaga era un oficial del Estado Mayor serbio, Dragutin Dimitrievitch, llamado Apis. Se inició una serie de

manifestaciones de protesta contra el acto arbitrario de Austria, que hacía difícil la realización de las aspiraciones seculares de los yugoeslavos y, sobre todo, de los bosnianos y hercegovianos, en cuanto a la unión nacional. El movimiento era tan impresionante y tan espontáneo, que arrastró también a los jóvenes socialistas de entonces. El príncipe Jorge, muchacho muy inteligente, muy romántico y de temperamento muy vehemente, se adhirió al movimiento de los jóvenes nacionalistas de todos los matices sociales y políticos. Aprovechándose de esta adhesión, Austria mandó en el mes de abril de 1909 un *ultimátum* a Belgrado exigiendo, entre otras concesiones políticas, la renuncia al trono del príncipe Jorge. Por desgracia, ocurrió por entonces que Jorge sorprendió en su despacho particular a su lacayo Kolakovitch, agente del Estado Mayor austríaco, en el momento en que éste buscaba algo en sus papeles. Arrojó a Kolakovitch por la escalera, y éste sufrió unas lesiones intestinales de resultado mortal. Austria acusó al sucesor del trono de Serbia de homicidio. Se agudizaron las gestiones contra Jorge, el hombre más popular entre los yugoeslavos de Austria-Hungría, y para evitar una invasión austríaca, Serbia preparó el simulacro de hacer firmar a Jorge su renuncia a los derechos al trono. Según la Constitución, ese acto, para ser válido, tenía que ser ratificado por las Constituyentes. Pero nadie pensaba tomar en serio la renuncia, y las Constituyentes no fueron convocadas.

Sin embargo, en Alejandro se habían despertado esperanzas y ambiciones. Para realizarlas se unió al famoso ministro y jefe del partido radical Nikola Pasich, el cual había intentado antes ganar los favores de Jorge ofreciéndole la mano de su hija como el precio de mantener su derecho a la sucesión del trono. Jorge, enemigo jurado del partido radical, que encarna toda la corrupción balcánica, rehusó con desdén el ofrecimiento. Pasich, rencoroso, en el momento crítico de 1914, cuando estalló la guerra europea, hizo que fuera nombrado regente y generalísimo del ejército serbio Alejandro. A Jorge lo mandaron al frente, donde combatió como capitán y luego como comandante, con toda la valentía que le es peculiar, y, por fin, gravemente herido, tuvo que ser trasladado a París, donde su curación duró varios años. Mientras tanto, Alejandro organizaba su ascensión al trono. El primer paso decisivo fué el asesinato del entonces ya coronel y jefe del Estado Mayor Apis-Dimitrievich, que, como casi todos los miembros del Comité "Libertad o muerte", disgustado de las intrigas de Alejandro, se había pasado al campo republicano.

Se acabó la guerra, y triunfalmente volvió a su país el ejército serbio, agrandado por algunas divisiones de voluntarios yugoeslavos, ex súbditos de Austria-Hungría. Alejandro era popular en el ejército y popular entre los yugoeslavos de Austria-Hungría, por haber sido presentado, gracias a una propaganda muy hábil, como el gran héroe de la guerra de la libertad. Nadie pensaba ya en Jorge, ni Jorge en el trono. Jorge estaba en París y, por su contacto con las juventudes estudiantiles, se hizo comunista, a cuya

idea sacrificó toda su pequeña fortuna personal. Para Alejandro esto representaba un nuevo peligro, y es conocida su traición para con su hermano mayor, al que hizo encarcelar a su vuelta al país, para enterrarlo luego vivo en un manicomio. El rey Pedro era viejo, y por los sufrimientos de la guerra había perdido la vista y el oído. Un pobre inválido, incapaz de toda acción enérgica, sólo una vez se despertó de su letargo cuando en la primavera de 1921 se intentó por un decreto del rey Alejandro declarar fuera de la ley a los movimientos socialista y comunista. Pedro, a punto de morir, protestó, y el decreto no apareció en la *Gaceta* de Belgrado hasta después de su muerte, cinco meses más tarde.

Ya he dicho que el entusiasmo con que recibieron a Alejandro las provincias yugoeslavas reunidas con Serbia después de la extinción de la monarquía de los Habsburgos, fué frenético. Era el momento de conquistar todas las simpatías de un pueblo que vió realizado un sueño secular y no pedía sino paz, orden, justicia y trabajo, para reponerse de la formidable sangría de la guerra. Pero Alejandro, alumno de la corte zarista rusa, tendía a la autocracia. No se contentaba él con que el viejo partido habsburgófilo, llamado, por el nombre de su fundador, partido de Franck, hubiera desaparecido de repente de la superficie política, odiado y perseguido por los mismos croatas en cuyo nombre pretendía actuar. A las ambiciones de Alejandro no le convenía un Estado democrático, con autonomías provinciales, necesarias para los yugoeslavos de la monarquía desaparecida, por tener éstos una cultura y un desarrollo económico muy diferentes de los de Serbia. La Constitución del 29 de junio de 1921 fué confeccionada de acuerdo con sus deseos personales. Todo el mundo conocía a los diputados que, después de oponerse hasta el último momento a esa Constitución ultracentralista, terminaron por votarla, atemorizados los unos y comprados los otros.

Privados de toda posibilidad de un desarrollo orgánico, los croatas, los eslovenos, una gran parte de los serbios de las nuevas provincias y todo el elemento macedónico y turco pasaron a la oposición más decidida. Subsistiendo todavía el entusiasmo yugoeslavo, no logró resucitar el partido de Franck, pero sí pudo formar un partido formidable el líder croato-católico Esteban Raditch. Empezó la lucha fratricida en todos los frentes. No vamos a entrar en detalles; sólo mencionaremos, por ser significativo y descubrir el carácter de Alejandro, que poco tiempo después de votarse la Constitución que tanto le favorecía, se deshizo de sus principales auxiliares y, entre otros, de su fiel ministro de policía, Svetozar Pribichevitch, y se reconcilió, en apariencia, con su importantísimo adversario, Esteban Raditch. Para destrozar la ficción de democracia constitucional y conseguir el poder absoluto, empezó a desmoralizar a todos los elementos políticos, pactando alternativamente con unos y con otros, comprando conciencias y haciendo causa común con los grandes "caballeros" de industria que saqueaban al país. Alejandro procedía con suma habilidad: dejaba a sus amigos ensuciarse las manos, sacaba de eso sus provechos materiales, para abando-

narlos después, en el momento crítico, al desprecio nacional, presentándose de ese modo como el gran defensor de los intereses nacionales y de la moralidad pública. Jugó de tal suerte con los partidos políticos hasta provocar aquel estado de odios y rencores que condujo al asesinato de Raditch y de algunos de sus amigos, en plena sesión del Parlamento yugoeslavo. Y entonces, libre de trabas, procedió a la realización de su afán: la monarquía absoluta.

Tomando por pretexto la excitación que estaba latente en toda la nación a consecuencia de los asesinatos en el Parlamento, rehusó apelar al pueblo por medio de una consulta electoral exenta de presiones y prevaricaciones, y el 6 de enero de 1929 proclamó su dictadura, pisoteando la Constitución que era su obra y a la que había prestado juramento de fidelidad.

Los cinco años de dictadura monárquica representan una serie de formidables crímenes. Disolvió todos los partidos políticos, salvo el partido radical, reformado bajo el nombre de partido radical-campesino, para fingir que era el gran protector de los campesinos contra la codicia de la burguesía. Por medios de terror y de cohecho destruyó el partido de Raditch e hizo que una fracción entrara en el nuevo partido real. Los políticos honrados de todas las tendencias, constitucionales, demócratas y liberales, fueron encarados o asesinados uno tras otro. Hasta el decano de la Facultad de Medicina y cancerólogo Dr. Yovanovich, mundialmente conocido, que se había atrevido a defender a los estudiantes contra los frecuentes asesinatos perpetrados por la gendarmería real, tuvo que pagar con su vida su valiente actitud.

Privado de todos los medios de una oposición legal, el país empezó a preparar su defensa recurriendo a la conspiración. El momento era favorable también para los adversarios de la unidad yugoeslava, partidarios de la restauración de los Habsburgos. Los antiguos miembros del partido de Franck y los íntimos del líder croata asesinado, Raditch, formaron una alianza con el Comité macedónico, enemigo jurado desde siempre de todos los serbios. Empezaron ellos también a organizar atentados y actos terroristas, hasta que la policía yugoeslava inició contra ellos una rigurosísima campaña. Entonces se fueron los unos a Hungría, donde encontraron hospitalidad, ayuda y armas en el dominio público Yanka-Puszt, y donde les facilitaban pasaportes falsos y otros documentos para poder desarrollar sus actividades. Otros se fueron a Italia y se pusieron bajo la protección del fascismo, enemigo también de la integridad territorial de Yugoslavia. Un tercer grupo se instaló en la capital de Austria y, en parte, en la ciudad de Graz, y encontró la amplísima protección de los clericales detentadores del Poder y especialmente del señor Rintelen, el famoso jefe de los fascistas católicos, que luego se pasó al bando de los nazis. En Munich operaba un cuarto Comité. Año tras año luchaban los dos terrorismos, el del rey y el de los restauracionistas, devorando numerosísimas vidas humanas. Mientras tanto, el país, antes tan rico, cayó en la mayor miseria, hasta tal punto que

los campesinos se quedaron muchas veces sin los elementos de primera necesidad, arrancándoselos para sostener un enorme ejército militar y policiaco que protegiera al rey absoluto.

En las masas populares de Croacia nadie piensa en la separación de Serbia. Pero todos desean la reforma del Estado en una república federal y democrática, en la cual un día podrá entrar también la rama búlgara de los yugoeslavos. Si, no obstante, muchísimos adversarios de la política separatista y restauracionista ayudaban directa o indirectamente a la acción de los perturbadores (mercenarios reunidos en la asociación clandestina *Ustascha, El rebelde*, cuyo centro era la citada Yanka-Puszt), ello se hizo por odio al rey, por vengar a sus víctimas. Y así ha podido ocurrir que, protegidos por muchísimos cómplices en Yugoslavia y fuera de ella, los del *Ustascha* logran dar muerte a Alejandro Karageorgievitch.

* * *

El asesinato de Marsella no ha servido, por ahora, en nada a la causa de la revolución yugoeslava. Contribuye actualmente, por el contrario—y precisamente por tratarse de una maniobra de los partidarios de la restauración habsburguiana—, a despertar una momentánea corriente de nacionalismo frenético y de predisposiciones guerreras dirigidas contra Hungría e Italia, protectoras de los planes restauracionistas y de los propios asesinos. Pero con la desaparición de Alejandro no tardará en debilitarse el régimen autocrático, y fatalmente vendrá el día de la auténtica revolución, de carácter socialista.

Plumas derechistas

De un artículo de Ramiro de Maeztu, titulado "Fe y jerarquía" y publicado en *A B C*, de Madrid:

"Es natural que los revolucionarios hayan secuestrado a D. Manuel Pedregal y saqueado la casa de D. Melquiades Alvarez. Si ayer se levantaron los burgueses contra los aristócratas y anteayer los aristócratas y la monarquía de Carlos III contra los representantes en la tierra de la autoridad divina, ¿qué extraño tiene que los obreros se levanten ahora contra los burgueses?"

El remedio es restablecer todas las jerarquías, empezando por la jerarquía de la religión en la sociedad y en el Estado. Pero a ello vamos. Todos los sistemas intermedios ven cada día mermarse su vigor. O la cruz o la hoz y el martillo. Y por de pronto, darse cuenta de que no se trata de una cuestión económica, sino espiritual, de una fe que da sus ánimos a los rebeldes y de una falta de fe que da a los burgueses su desánimo."

Carácter de la guerra en el régimen capitalista

Por A. GARCIA PELAYO
(Comandante retirado)

Antecedentes. La libertad de comercio que trajo la Reforma (1) necesitaba un órgano para su función, y creó la banca, y del maridaje de la función con su órgano advino la especulación; los derechos individuales fomentaron la riqueza individual, y de ésta y de la especulación nació el capitalismo que, asociado al maquinismo, engendró la gran industria. La cual, en su desarrollo evolutivo, apoyándose en la banca, con el crédito por instrumento, y favorecida por los progresos de la mecánica, división y racionalización del trabajo, etc., determinó—entre otras consecuencias ajenas a este trabajo—un exceso de producción fabril, como asimismo un excedente de dinero bancario; superabundancia que, a medida de su crecimiento, iba planteando problemas de colocación y consumo cada vez más graves y apremiantes.

Por un proceso de crematística comercial, el capitalismo, que en su iniciación tuvo carácter privado, individual, fué poco a poco, por la formación de Sociedades anónimas, monopolios y *trusts*, extravasándose del individuo al grupo, a la colectividad, y adquiriendo carácter nacional; se repartió entre los grupos, acaparándole, el mercado de la metrópoli y sus colonias, no sin que ello fuese precedido de luchas comerciales intranacionales.

Cuando, a consecuencia de la competición activa del capitalismo extra-nacional, se puso en peligro el cómodo disfrute de los mercados propios, los capitalismos nacionales, que habían ido adquiriendo sobre sus Gobiernos políticos una viva influencia, buscaron la natural defensa, y, amparándose en la doctrina del proteccionismo, utilizaron a modo de escudo o muralla las tarifas aduaneras, dando así origen a la llamada *política arancelaria*, que si en un principio estuvo orientada por una idea instintiva de defensa, no tardó en convertirse en arma francamente ofensiva y a veces, por el *dumping*, de tan manifiesta agresividad, que condujo a los Gobiernos a situaciones políticas de grave tirantez y aun a verdaderos *cassus belli*. A este manejo de los aranceles se le dió el nombre de “guerras de tarifas” o “guerras aduaneras”.

(1) *Engels*.—Artículo publicado en el núm. 22 del año II de la revista “Crítica Social”, bajo el título “Las tres batallas”, citado por *P. Rossi* en el tomo I, pág. 126, de “Alma de la muchedumbre”. Trad., R. Carreras. Edt. Henrich, Barcelona, 1906.

Conjuntamente con ello, aunque en cierto modo escalonadamente y desde luego en perfecta concatenación, llegada que fué la saturación de los mercados nacionales y coloniales propios, el capitalismo, ante la necesidad vital de expansión a que le constreñía su incesante desarrollo, se vió precisado a saltar las bardas de sus fronteras geográficas y políticas y salir mundo adelante en busca de nuevos mercados donde colocar la superproducción que le iba ahogando o adquirir las primeras materias que requería su industria. Para ello buscó primeramente la *línea de mínima resistencia*, introduciéndose, al amparo de una diplomacia comercial, en aquellos países de industria embrionaria o nula, en especial en los de civilización atrasada o rudimentaria, y asegurándose por medio de Tratados una absoluta libertad de movimientos; a cuyo procedimiento se le denominó "política colonial" o "penetración pacífica", frase diplomática saturada de sarcasmo.

El capitalismo, en su marcha ascendente y en creciente acuciamiento por la colocación de sus productos, se vió compelido a disputar a naciones extrañas mercados ocupados por éstas, con el propósito de sustituirlas, colocando a los antiguos ocupantes en situaciones de inferioridad comercial. Y cuando por ser más apremiante la necesidad o más importante el mercado, o, sencillamente, por una coincidencia, en tiempo y espacio, de objetivos mercantiles, diversos capitalismos, de distinta nacionalidad, pero de equilibrado poder financiero y militar, concurrían a un mismo mercado, entonces los concurrentes arbitaban un acuerdo en virtud del cual se dividían los países objeto de litigio en "zonas de influencia" que se repartían entre sí, y dentro de cuyos compartimentos estancos cada uno de ellos obraba con completa independencia y por su propia cuenta y riesgo.

Por una evolución análoga en sus causas y efectos a la que dentro de cada país determinó la unión intranacional de varias empresas en una sola de iguales intereses, así también los capitalismos de distinta frontera política llegaron en su desarrollo, crecimiento y mancomunidad de intereses a la constitución de concentraciones o alianzas entre empresas fabriles y financieras (*trust*, *cárteles*, sindicatos, etc.) de carácter internacional; concentraciones en que la banca, a consecuencia de los préstamos y financiamientos hechos a la industria, constituyóse en dueña efectiva de todos los intereses fabriles y comerciales que integraban los consorcios, a los que impuso, naturalmente, la actuación y rumbo que más convenían a sus peculiares fines.

Por esta adecuación, el dinero se erigió en un verdadero autócrata mundial, entronizando con su poderío la tiranía económico-política de los pueblos poderosos sobre los pueblos débiles, y aun, en determinadas circunstancias, sobre otros pueblos también poderosos. En algunas ocasiones, una diferencia política entre dos Estados se convertía, mediante los manejos bursátiles del poder financiero más potente o mejor aliado, en una coacción dominadora que paralizaba y hasta imposibilitaba al Estado contrario, no sólo para toda réplica diplomática, sino incluso para el ejercicio libre de su

fuerza, de tal manera que, aun a trueque de adelantar ideas, pero como único medio, el más elocuente, de ilustrar con claridad lo que antecede, vamos a citar dos hechos que—entre otros—lo confirman.

Con ocasión del conflicto de Inglaterra y Venezuela originado en 1895 por una cuestión de fronteras entre esta última nación y la Guyana inglesa, como los Estados Unidos se interpusieran invocando la doctrina de Monroe, los poseedores ingleses de valores americanos vendieron sus fondos, lo que provocó un pánico en la Bolsa de New-York y determinó un arbitraje entre Londres y Wáshington. Otro tanto ocurrió en 1911, cuando apareció el *Panther* en Agadir, en unos momentos de tirantez política europea en los que, según la frase kaiseriana, estaba “la espada desenvainada y la pólvora seca”. La guerra no sólo parecía inevitable, sino inminente; pero, entonces, un movimiento combinado de los banqueros de París y Londres (dueños del 90 por 100 de la deuda alemana), demandando el pago de sus empréstitos, dejó a Alemania incapacitada incluso para movilizar sus ejércitos (1).

Las guerras de negocios y el negocio de la guerra.

Tales hechos, sumados a otros, originaron el “*pacifismo intervencionista*”, en la creencia de que, convertido el dinero en árbitro de las contiendas internacio-

nales, bastaría una acertada conjugación de aranceles y empréstitos, barajada con tal cual amenaza contra los centros neurálgicos de las economías estatales, para evitar la lucha armada entre las naciones.

Pero esto no fué sino una nueva “ilusión pacifista”, hija de un error de perspectiva, pues los humanitaristas no acertaron a comprender que, con la intromisión de nuevos intereses internacionalmente encontrados, se daba lugar a nuevas ocasiones y motivos de rozamientos. Y así ocurrió que el régimen capitalista, al esgrimir sus elementos de lucha comercial, dió origen a una nueva modalidad de la guerra, mejor dicho, a un remozamiento de las antiguas luchas de pillaje, a las “guerras de negocios”, mediante las cuales la alquimia capitalista hizo posible que en el crisol de la guerra se convirtiese la sangre de los ejércitos en saneados dividendos de los grandes *trusts* de la industria y de la banca.

Otto Lehmann (2) ha demostrado cómo los alemanes eran muertos por proyectiles alemanes disparados por los franceses, y cómo éstos, a su vez, eran víctimas de los ingenios de guerra fabricados por ellos y utilizados por sus enemigos. En la batalla de Skagerrak, por ejemplo, la flota inglesa usó instrumentos ópticos—(*firings directors*)—, vendidos seis meses antes por la casa Zeiss, de Jena, por intermedio de Holanda, y los soldados alemanes que atacaron el fuerte de Douamont fueron detenidos por alambra-

(1) Para formarse idea del “mecanismo” de estos manejos, véase el capítulo XXXIII, páginas 1345-1363, de la obra de Marx “El Capital”. Trad., Manuel Pedroso. Edt. Aguilar, Madrid, 1931.

(2) Otto Lehmann.—“La Internacional sangrienta de los armamentos”, especialmente los capítulos II y III.

das vendidas dos meses antes a Suiza por las "Fábricas de alambres y cables de Magdeburgo", ocurriendo otro tanto en todos los demás campos de lucha, donde, como insaciable ave de rapiña, se cernía, siempre voraz y alerta, el "negocio de la guerra", que siguió efectuándose sin interrupción durante todo el curso de las hostilidades.

Por cierto que este hecho ya fué presentido con una década de antelación por un escritor militar español, quien auguró en 1904 que los intereses industriales y comerciales constituirían verdaderos Estados, convirtiéndose en árbitros de los destinos del mundo, de tal modo—añadía—, que "cuando el negocio no marche, se le querrá hacer marchar sacando de los talleres, del fondo de las minas, de miserables chozas, millones de esclavos hechos sombras en lo moral y en lo físico, para decirles con cualquier pretexto: "Ya trabajasteis bastante; el negocio no marcha; hay mucha mercancía almacenada; ahora, a matarse entre vosotros para consumir la mercancía y que el negocio prospere" (1).

Como para alcanzar los objetivos capitalistas no siempre bastaba la acción diplomática y en ocasiones los naturales del país invadido, contrariando los acuerdos y concesiones de sus Gobiernos, ofrecían resistencia armada a la "penetración pacífica", que, como dice Giuseppe Cimbali (2), con frecuencia "cumplía la obra protectora engulléndose a los protegidos", la violencia relevaba a la diplomacia, la espada a los Tratados, y allá iban los ejércitos, al servicio de los intereses industriales y financieros, a imponer la tiranía por la fuerza de las armas, que de *última ratio regium* devenía en *última ratio peculium*.

Este empleo de la fuerza militar, en función adquirente de mercados, era lógico y natural, ya que, siendo una verdad incontrovertible que el elemento armado es sencillamente un útil de defensa y adquisición al servicio del Estado, y asimismo axiomático que "toda guerra se origina en una situación política y estalla por un motivo político" (3), dado el carácter capitalista de las organizaciones estatales imperantes era fatal que las situaciones políticas, las "fricciones" de que habla Clausewitz, tuviesen también ese igual carácter capitalista. Además, la ley del servicio militar obligatorio favorecía mucho más que las precedentes la formación de los ejércitos, porque facilitaba la adquisición de la *mano de obra* castrense, el material humano, y con ello el crecimiento cuantitativo del instrumento armado que requerían los intereses capitalistas. Por las especiales características de las guerras a que daba lugar la "política colonial" y las complicaciones de índole político-social que presentaba la utilización del ejército de metrópoli, se fué substituyendo éste, más o menos completamente, por unidades militares mercenarias sobre la base de los elementos indígenas

(1) Burguete.—"Mi rebeldía", pág. 114. Editor, F. Fé, Madrid, 1904.

(2) G. Cimbali.—"Los derechos de los pueblos", pág. 94. Trad., P. Umbert. Edt. Henrich, Barcelona, s. a.

(3) Von Clausewitz.—"De la guerra", pág. 47. Trad., Barbero y Seguí. Madrid, 1908.

del país invadido, siendo curioso observar que por este camino se llegó a convertir las colonias, no sólo en mercados para la superproducción de la metrópoli, sino en verdaderas *canteras de soldados* con ocasión de la guerra de 1914, donde más de una vez salvaron a los aliados de comprometidas y difíciles situaciones militares. Baste para ejemplo la actuación heroica de las tropas negras en el Marne y el Artois al mando del general Mangin (1).

Iniciación y desarrollo de estas guerras. Realmente y acusado con más o menos relieve, el fenómeno económico-comercial puede encontrarse, en general, en las guerras de todas las épocas, pero no con carácter de motivación única o básica, sino, a lo sumo, como secuela, corrientemente como derivación y siempre, en cuanto a causalidad, en un plano secundario y amalgamado con objetivos e intereses de distinta naturaleza (políticos, geográficos, etc.), que por ser los esenciales ocupaban el primer plano de las causas originarias y determinativas de la lucha armada.

Únicamente cuando aparecieron y se desarrollaron los factores de que hemos hecho mérito en cabeza de este estudio y consecuentemente los intereses comerciales se concatenaron con los industriales y unos y otros fueron controlados, dirigidos y gobernados (verdaderamente a modo de presa) por las finanzas, preponderando el interés colectivo de estas alianzas sobre todos los demás objetivos; más aún, cuando los absorbió a todos, es cuando la guerra adquirió el carácter primordial de "guerra de negocio", que distingue a las guerras en el régimen capitalista, por ser la instauración, adquisición y defensa del "negocio", la causa *ab ovo* de las luchas guerreras, no de una manera esporádica, sino con carácter de serialidad.

Por estas razones, aunque las guerras con facetas comerciales pueden remontarse, por lo menos, hasta las de la Liga Anseática y las de Génova y Venecia, seguidas más tarde, en los siglos XVII y XVIII (2) (en el transcurso de las cuales tanta importancia adquirieron las tituladas Compañías Orientales, la Indiana Occidental y otras), por las habidas entre portugueses y holandeses, holandeses y españoles, españoles e ingleses e ingleses y franceses, en realidad la naturaleza efectivamente mercantil de la guerra no aparece hasta el siglo XIX, en el cual las luchas armadas tienen esa acusada y esencial característica, como vamos a ver en una rápida y abocetada excursión histórica.

Tras la paz de Amiens y ante el renacimiento económico de Francia, Granville, en la Cámara de los Lores, y Windhan, en la de los Comunes, declararon abiertamente que la guerra era preferible a una paz que arrui-

(1) Para conocer la actuación de estas fuerzas en la guerra de 1914, es interesante la obra recién publicada bajo el título "Mangin", del L. Colonel Brugnet. Edt. Plon, París, 1934.

(2) Véase Novicow.—"Les luttes entre les sociétés humaines". Edt. Alcan, París, 1896.

naba a Inglaterra, a cuyas palabras y como un eco respondió a poco la ruptura de relaciones que iniciaron los ingleses, apoderándose violentamente de 1.200 bajeles franco-holandeses; la llamada "guerra del opio" entre ingleses y chinos; la expedición a Méjico en tiempos de Napoleón III; el envío por la III República francesa de una escuadra a la isla de Lesbos; la guerra chileno-boliviano-peruana por la explotación de yacimientos de guano en 1877; ¿que fueron sino consecuencias directas de intereses comerciales encontrados?

Y el bombardeo de Alejandría por los ingleses en 1880 y sus expediciones por el valle del Nilo; y la guerra del Transvaal por la posesión de sus minas de oro; y la chino-japonesa de 1895 por la explotación de la Corea; y la intervención (más tarde repetida) de las naciones coligadas en Pekín en 1900; y la ruso-japonesa en 1904 por la explotación de la Mandchuria (que actualmente reaparece como manzana de discordia entre los mismos beligerantes); ¿que fueron también sino secuela inmediata de luchas mercantiles?

Nuestra guerra de 1898 con los yanquis, ¿qué fué sino la escena final y para nosotros trágica de la obra preparada *a priori* por la *American Sugar Refining Company*, creando primeramente fuertes intereses mercantiles en Cuba y Puerto Rico y más tarde, por ellos, el estado de opinión en virtud de cuyo *camouflage* aparecieron los Estados Unidos obligados a declararnos la guerra por aparentes motivos humanitaristas?

Las intervenciones repetidas de Norteamérica en Repúblicas hispano-americanas; las guerras coloniales todas, y tantas otras actuaciones guerreras de más o menos arboladura, que de propio intento silenciarnos, ¿qué acusan más que la obra de un capitalismo desenfrenado e imperialista movido por ese nuevo tipo de pueblos, por esas "naciones de presa" que han hecho de sus aranceles y de sus empréstitos verdaderas armas de guerra y de tiranía?

"En el período comprendido entre 1876 y 1914, las grandes potencias han adquirido alrededor de 25 millones de kilómetros cuadrados, dos veces y media la superficie de Europa" (1), dice Bujarin. Cuando por medio de las citadas guerras quedó repartido el mundo libre y se agotaron las *líneas de mínima resistencia*, acuciado nuevamente el capitalismo por la necesidad de colocar la persistente superproducción, no dudaron los amos del mundo, como ya indicamos, en entablar la competencia entre sí, tratando de invadir comercialmente las colonias extrañas y las semicolonias (Turquía, Persia, etc.), y creándose con ello un avispero de nuevas y más feroces guerras.

Paralelamente al progresivo desarrollo del capitalismo, la influencia de éste sobre sus respectivos Gobiernos se iba acentuando e intensificando

(1) Bujarin.—"La economía mundial y el capitalismo", pág. 135. Trad., F. Bustamante. Edt. Cénit, Madrid, 1930.

hasta llegar a términos de efectivo dominio. Acrecido en su poderío este dominio, desde el momento en que los intereses industriales, comerciales y bancarios, los intereses conjuntos capitalistas, lograron adueñarse del poder político de sus países (Gobiernos, Parlamentos, Prensa, etc.), facilitada, repetimos, la formación de los ejércitos por el sistema de "nación armada" y multiplicado el poder castrense en sus medios de lucha y en su radio de acción por los adelantos de la industria y el progreso de las ciencias, las físicoquímicas especialmente, ya tuvo el capitalismo en su mano todos los instrumentos necesarios, dentro del régimen estatal constituido, para provocar aquellas situaciones políticas que convenían a sus fines, no sólo para declarar las "guerras aduaneras", sino, cuando esta táctica fallaba, para recurrir a ese "grave medio para un grave fin" (Clausewitz) que es la guerra. De aquí que las potencias de fuerte poder económico cuidasen de organizarse en poderosos Estados militares, y como todo aumento en cantidad y calidad de un ejército cualquiera, como todo incremento de potencialidad militar de un Estado era seguido de cerca, en verdadero "handicap", por todos los demás, originóse el fenómeno de la "carrera de armamentos".

"Una gran potencia de estilo europeo era un Estado que mantenía en armas, en suelo europeo, a unos cuantos centenares de miles de hombres; poseía dinero y material suficientes para decuplicarlos, llegado el caso, en un período de tiempo determinado y regía en otras partes del mundo amplios territorios fronterizos, que, con sus puntos de apoyo para las flotas, sus tropas coloniales y una población de productores de primeras materias y consumidores de productos, constituían el fundamento de la riqueza y con ello la fuerza de choque militar de la metrópoli" (1). El ideal soñado por todas y cada una de las grandes potencias no parecía ser otro que "una unidad económica nacional bastándose a sí misma y aumentando sin cesar su fuerza hasta gobernar el mundo" (2).

De esta manera se iba fraguando la tempestad que al cabo de algunos años había de descargar sobre el mundo con caracteres de asolamiento, con horrores dantescos, con todos los signos acusativos de los primeros estertores de un ciclo histórico; sin que debamos creer que con ello haya quedado descargada la tormenta y desaparecido el peligro, pues como dice Oswald Spengler (3): "La guerra mundial fué tan sólo para nosotros el primer rayo y el primer trueno surgidos de la nube tempestuosa que se cierne, henchida de destinos, sobre este siglo".

Como síntomas prodrómicos de la génesis mercantil de la Gran Guerra transcribiremos las siguientes palabras de un escritor alemán publicadas en la revista *Deutsche Kolonialreform* en 1905: "Los franceses buscan me-

(1) Oswald Spengler. — "Años decisivos", Primera parte, pág. 38. Trad., López Ballesteros. Editorial Espasa-Calpe, Madrid, 1934.

(2) Bujarin. — Obra citada, pág. 171.

(3) Spengler. — Obra citada, pág. 28.

tódicamente hacer de Turquía su deudor-esclavo por medio de préstamos que alcanzan en la actualidad a 2.000 millones de francos. De esta suma está destinado medio millar de millones únicamente a la construcción de ferrocarriles, de manera que en la hora actual Francia ha construido más ferrocarriles que ninguna otra nación. Los puertos principales de Turquía, como Constantinopla, Salónica, Esmirna, Beirut, están en manos de los franceses. Lo mismo ocurre con los faros de las costas turcas. En fin, el principal Banco de Turquía, la *Banque Otomane*, funciona en Constantinopla bajo la influencia completa de Francia" (1).

Pero entablada por Alemania la lucha comercial en ese mercado, al cabo de siete años, en 1912, decía Mr. Dublef en la *Revue économique internationale*, bajo el título *Le chemin de fer de Bagdad*: "El imperio turco se encuentra invadido por hordas germánicas de comerciantes y de viajeros de comercio. Así, poco a poco, la red de los Bancos alemanes gana todo el Imperio otomano, sosteniendo la industria, acaparando los medios de transporte, haciendo la competencia a los establecimientos financieros extranjeros... En una palabra, gracias al poderoso apoyo político de estos Bancos, se esfuerza por asentarse definitivamente la influencia alemana en todo el Levante".

Por su parte, según refiere Delaisi, en su obra *La guerre qui vient* —1919—decía: "En nuestra democracia depende de un hombre y de un núcleo de financieros y de gentes de negocios el desencadenar la guerra y lanzar al país a la más peligrosa aventura". "Tal vez pasadas unas semanas nuestros financieros habrán vendido a sus colegas de Londres la piel de cien mil franceses a cambio de algunos ferrocarriles turcos o etíopes". "Las grandes naciones de Europa están gobernadas por gente de negocios: banqueros, industriales y exportadores..." (2).

Fatalmente esta rabiosa lucha comercial entre grupos financieros rivales, de potencias económicas y militarmente poderosas, tenía que desembocar en una conflagración guerrera.

La guerra de 1914.— Análogamente a lo sucedido con el "pacifismo intervencionista", de que hemos hablado, la guerra de 1914-1918, al presentar facetas de aspecto socializante, produjo otro fenómeno de espejismo, haciendo creer a algunos que el régimen capitalista llegaba a su fin, cuando lo que ocurría era, realmente, que, obedeciendo a la ley algébrica del binomio de Newton (que, como ha demostrado Aquiles Loria (3), así impera en el campo de la matemática como rige la marcha de todos los fenómenos sociales), caminaba hacia

(1) Bujarin.—Obra citada, págs. 161-162.

(2) Para conocer la iniciación y desarrollo de la lucha comercial alemana, véase la obra de Francis Delaisi "La fuerza alemana". Trad., Vázquez Viaño. Pontevedra, 1912.

(3) Aquiles Loria.—"Problemas sociales contemporáneos", págs. 28 y siguientes. Trad., P. Umberto. Edt. Henrich, Barcelona, 1904.

su cenit, acusándose con mayor relieve, por la natural relación de causa a efecto, la esencia mercantil de la guerra y el carácter tiránico de la paz.

Al estallar la guerra europea, planteando problemas nuevos de perentoria resolución, dió al traste, siquiera fuese circunstancialmente, con la organización estatal existente e hizo sentir sus efectos aun entre los pueblos neutrales, patentizándose con ello la vacuidad de los resortes del poder y el régimen económico de anteguerra para suministrar las soluciones que requería indeclinablemente el magno problema. "La guerra de 1914 es en la Historia la más colosal caída de un sistema económico, destruido por sus propias e inherentes contradicciones", ha escrito Trotski, expresando con ello una gran verdad (1).

Manifiesta la quiebra del sistema imperante, viéronse forzados los Gobiernos, no sólo a buscar soluciones de carácter socializante, sino incluso a demandar personal ayuda con efectiva colaboración al campo socialista. Para encubrir el fracaso del sistema y justificar la demanda se hizo, según costumbre en casos tales, una frase rimbombante: *Unión Sagrada*.

En todo se procedió, a partir de entonces, inspirándose en las organizaciones e idearios del socialismo y fueron los actos gubernamentales avallados y controlados, cuando no impuestos, por los respectivos partidos socialistas.

La libertad de comercio, la libertad de trabajo, la libertad de tránsito, el derecho a la huelga, etc., quedaron abolidos; procedióse a la fijación de salarios y aumento de jornada, a la tasación de alimentos y supresión de cuanto los gobernantes consideraron superfluo, a la recogida del oro y del cobre, a la confiscación de capitales, limitación de precios y suspensión de quiebras, al *pan de guerra*. Hombres, mujeres y niños, todos, jóvenes y viejos, voluntariamente o por mandato imperativo, hubieron de poner sus energías y sus esfuerzos, sus brazos, sus saber, su salud y sus vidas, al servicio del Estado hasta el rendimiento límite.

Los Estados han funcionado como inmensos talleres, gobernados por un Consejo de Administración que, ejerciendo un poder absoluto, usando del mando hasta despóticamente a veces, exigían de todos y en todo el máximo trabajo físico, intelectual y moral para satisfacer las necesidades, la voracidad y las exigencias de la guerra. Durante ella no hubo en el mundo más que dos núcleos de industria de los armamentos: el de la *Entente* con América, cuya dirección oficial la llevaba el War Office inglés (y en realidad el Banco de Inglaterra con sir E. Cassel y la casa Morgan), y el de Alemania y Austria, cuya dirección se entregó a la industria misma; hasta que se firmó el armisticio, las flotas comerciales de los aliados estaban sometidas al control de un comité internacional; y así en todos los demás órdenes integrantes del Estado.

(1) L. Trotski. — "El bolchevismo ante la guerra y la paz del mundo", pág. LIII de la Introducción. Trad., V. Gay.

Hasta negociaciones y tratos que en otros tiempos y otras guerras habían sido privativos de las cancillerías diplomáticas, fueron en la guerra europea intervenidos y aun dirigidos por representantes del socialismo. Al mismo tiempo que se negociaba la paz rusoalemana, se celebraba en Estocolmo una conferencia socialista que estaba en íntimo contacto y enlace con Berlín y Petrogrado por verdaderos correos de gabinete. No es un misterio para nadie que haya seguido esta fase de la guerra con alguna atención, que la Comisión encargada de analizar las hostilidades no hacía otra cosa en realidad que dar forma protocolaria y sanción oficial a lo que resolvía la Conferencia socialista, que, desde un segundo plano, fué el árbitro efectivo de la paz.

Y es curioso observar la paradoja de que, al mismo tiempo que, en esta manera y tan por entero, se entregaban los Estados a las colaboraciones socialistas, se derrumbaba como castillo de arena el ideario internacionalista. Con la mayor de las sorpresas para el común de las gentes, sin resistencia alguna (salvo contadas individualidades), los proletarios de los países beligerantes acudieron solícitos a la demanda del clarín de guerra en ambos campos contendientes, donde con entera voluntad y odio mutuo luchaban unos contra otros. En esto vino a dar a la primera *llamada del suelo* aquel furibundo *herveísmo* que tan asustado tenía al burgués bien nutrido *d'avant guerre*. Y ello precisamente dos semanas después que en el Congreso de París, en su afán de evitar la guerra, los socialistas franceses insistían en comprometer a todas las ramas de la Internacional en una acción revolucionaria en caso de movilización.

Este resultado ya lo tenían previsto los líderes de mayor hondura revolucionaria, y por ello Lenin, desde antes de 1907, denunciaba la falsedad del punto de vista de G. Hervé y rechazaba la huelga general que éste preconizaba como panacea contra la guerra, posición en la que Lenin se reafirmó después de la conflagración, para propugnar, naturalmente, otros procedimientos que no son del caso señalar aquí. Trotski, por su parte, hablando del "colapso de la Internacional", dice: "Es bien claro que, con las mejores intenciones del mundo, los partidos socialistas no pueden comprometerse ellos mismos a desplegar una acción obstruccionista en el momento de la movilización, que constituye precisamente el momento también del aislamiento político del socialismo" (1).

Independientemente de estas ideas acabadas de citar, lo ocurrido al decretarse la movilización no supone que con ello muriese ni haya decaído la idea internacionalista; lo sucedido fué sencillamente un fenómeno circunstancial y psicológico que nada tiene de extraño, porque en aquel momento, como en todos los emocionales, como en todos los estados pasionales de los pueblos, las ideas carecen de fuerza ante los imperativos del senti-

(1) Trotski.—Obra citada, pág. 131.

miento, pues, como dijo Pascal: "El corazón tiene razones que la razón desconoce".

Ante las alteraciones que introdujo la guerra en la relación entre el Estado y los individuos pudo creerse, y se creyó, que aquello era el fin, o el comienzo del fin, del régimen estatal capitalista; que aquel socialismo de guerra era una forma previa del advenimiento del régimen socialista, pero, como dice muy autorizadamente Radbruch (1): "Aquella actitud de poner toda la economía nacional al servicio de los fines del Estado, correspondía más bien al ideario "mercantilista" del absolutismo que a un programa socialista". Efectivamente, basta fijar la atención en que aquel socialismo de guerra ni cambió la estructura de la producción, ni alteró el sistema distributivo de la riqueza, ni sufrieron transformación alguna las relaciones de clase a clase, que siguieron en su disociación más enconadas que anteriormente; aquéllo, más que socialismo, fué una monopolización de todos los medios de poder del Estado por la clase capitalista.

Contribuyó a mantener por algún tiempo la ilusión del cambio de régimen estatal el hecho de que, al terminarse la guerra, no sólo se verificase una verdadera liquidación de tronos, sino que al frente de los Gobiernos de las principales potencias estuviesen colocados, o continuasen participando en ellos, primates socialistas. Lenin, con sus comisarios del pueblo, regía Rusia; en Inglaterra el *Labour Party* se aprestaba a la conquista del Poder; las primeras magistraturas de Alemania, Polonia, Austria y Checoslovaquia eran ocupadas por militantes marxistas de gran significación internacional; de los Gobiernos belga, sueco y gran parte de los Estados bálticos formaban parte asimismo líderes socialistas; pero a partir del año 1920-21 se verificó una reacción capitalista y volvieron las aguas a su antiguo cauce.

(1) Radbruch. — "Introducción a la Ciencia del Derecho", pág. 110. Trad., L. Recaséns Siches. Edt. V. Suárez, Madrid, 1930.

(Concluirá.)

LA MARCHA DEL MUNDO

Las dos tácticas del conservadurismo francés

Buscando al hombre. ¿Qué es lo que ha fracasado en Francia con el experimento de Doumergue?

¿Qué significa de progreso o de retroceso en la política francesa la formación del Gabinete Flandin?

Después del motín del 6 de febrero, las derechas no se atrevieron a elevar de nuevo al Gobierno a Tardieu. El propio Presidente de la República lo reputaba temerario. El coro de burgueses y artesanos que hizo el juego inconscientemente a los reaccionarios para derribar a los radicales se hubiera llamado a engaño, con iracundia, al ver el resultado de su obra. No; Tardieu no era viable. Con todo el desgaste sufrido por los radicales en cerca de dos años de Gobierno tímido y mediatizado, no se habían olvidado aún los 16 millones de déficit acumulado por los Gabinetes que presidió Tardieu y la serie inacabable de escándalos financieros en que se vieron mezclados sus colaboradores de primero y segundo plano.

Había que recurrir al arbitrio deslumbrante del Gobierno de Unión nacional, que tantos avatares—y tantos descabros, hábilmente disimulados—ha tenido en Francia. Faltaba la figura que se pusiera al frente. Moribundo Poincaré, todas las derechas coincidieron en un nombre: Doumergue.

El Coriolano de Tourneville. Doumergue, el viejo y sonriente ex Presidente de la República, que vivía, en su finca de Tourneville, un idilio tardío, podía ser el hombre adecuado. Doumergue procedía del radicalismo.

Cuando fué designado jefe del Gobierno, las derechas lo cubrieron de sarcasmos. ¿Era posible que ocupara la Presidencia del Consejo una mentalidad mediocre, sin ideas claras y de palabra tan torpe? Pero en su paso por el Poder, Doumergue, sin renegar públicamente de su radicalismo, complació sobremedida a los reaccionarios y, años después, llegó a la jefatura del Estado por los votos de moderados y derechistas. En el Elíseo destacó Doumergue, más aún que en la Presidencia del Consejo, su astucia de aldeano intrigante. Incluso reveló insospechadas inclinaciones al poder personal, contrariando sin éxito la política pacifista seguida por Briand y aceptada por todos los Gobiernos de aquella etapa.

Al retirarse a su tierra natal, con mucho de amargura en su sonrisa estereotipada, Doumergue había asfixiado en él al radical burgués de antaño, suplantándolo con una parodia de Coriolano. Aunque se declaraba totalmente satisfecho con la vida georgica, confiaba en que algún día se acordaran de él sus buenos amigos de París: la Asociación de oficiales de reserva, controlada por fascizantes notorios, y las Empresas bancarias, de que era consejero espléndidamente remunerado. Sólo la del Canal de Suez le retribuía con 300.000 francos anuales, tres o cuatro desplazamientos de Tourneville a París. Para reavivar la memoria de sus amigos, Doumergue aprovechaba todas las ocasiones—el prólogo de un libro, una interviú, una opinión lanzada en un coro de financieros—para asegurar que la máquina política no

marchaba bien y que era urgente reformar la Constitución en sentido autoritario.

Cordialidad y nivelación del presupuesto.

Sin embargo, cuando en febrero se le requirió para presidir el Gobierno llamado de tregua, el solitario de Tournefeuille negó que tuviera propósitos revisionistas. Paz, trabajo, supresión del déficit, restablecimiento de la economía nacional, abaratamiento de la vida... Esos eran los problemas que había que resolver apremiantemente. ¿Disolución de la Cámara? Tampoco. Y Doumergue sonreía con falsa bonachonería lugareña.

Se presentó al Parlamento, después de haber captado una vez más, por la intimidación, a los radicales, planteando el mismo *chantage* moral que Mussolini a raíz de la marcha sobre Roma. Sólo el ademán era distinto: teatralmente cesariano en Mussolini, plácidamente socarrón en Doumergue. La disyuntiva, igual: o decir que sí a todo u os suprimen de un plumazo. Entonces—tal vez con fundamento—Doumergue podía creer que el Senado daría su *placet* para la disolución de la Cámara.

La Cámara se entregó humildemente. Más de 400 votos—de los 616 que cuenta la Cámara—otorgaron su confianza al Gobierno de tregua. Salvo los socialistas y los comunistas, los diputados dieron a Doumergue cuanto pedía: asfixia de las interpelaciones fiscalizadoras, larga clausura del Parlamento, autorización para legislar por decreto en materia económica y financiera...

Los resortes de las derechas.

Con un Gobierno en el que los radicales estaban maniatados por prejuicios propios y coacciones ajenas; con varios meses por delante para desarrollar, sin cortapisas oficiales, una campaña de venenosa agitación, las derechas estaban seguras de dejar fuera de combate al enemigo que más inmediatamente les preocupaba: la izquierda burguesa, encarnada—deplorablemente encarnada—en el partido radical-socialista. Eliminado este obstáculo intermedio, y armados de todos los elementos coercitivos que proporcio-

naba el Poder, exterminarían cómodamente a las izquierdas sociales.

Contaban las derechas, aparte la complacencia de la mayoría del Gobierno, con resortes que estimaban infalibles: la acometividad de las Ligas filofascistas, la explotación de los *affaires* Stavisky y Prince—que ellos involucran y reducen a uno solo—y la edificación, sagazmente preparada, del mito Doumergue.

Las Ligas filofascistas, en sí, son bien poca cosa. La plutocracia no se porta demasiado generosamente con ellas; las masas populares, incluidos los obreros en paro forzoso, que podían proveerlas de contingentes eficazmente combativos, las repugnan; carecen de dirigentes con las aptitudes demagógicas precisas para crear la atmósfera propicia al golpe de mano. Pero, utilizadas por gran parte de la Prensa, mantienen un estado ficticio de agitación. Con la eficacia suficiente para cohibir a los ministros pusilánimes y arrojar del Gobierno a los que no se le rinden.

La explotación de la muerte de Prince.

La formación del Gabinete de tregua tuvo por primer resultado que todos los ministros aceptaran la tesis reaccionaria sobre la muerte del magistrado Prince. La Prensa derechista tenía como santo y seña: convertir a Chautemps en eje del proceso Stavisky. Seguramente, Chautemps cedió alguna vez a las presiones afectuosas de influyentes amigos del estafador judío. Pero ese mismo pecado lo cometieron, y no tan desinteresadamente como Chautemps, políticos conservadores, muy próximos a Tardieu. Se juzgaba a Chautemps menos sensible que Herriot a las imposiciones derechistas y se le hacía víctima del terrorismo difamatorio, empleado en Francia contra otros hombres públicos en análogas circunstancias. Puede citarse como ejemplo el de Caillaux, cuando proyectaba el impuesto sobre la renta, y, más tarde, cuando propugnaba el pronto término de la guerra.

La mixtificación ejercida por las derechas en el asunto Prince es tan burda

como la que realizaron en el proceso del capitán Dreyfus. Se presentó a Prince como el arquetipo del magistrado incorruptible y a Pressard, jefe jerárquico suyo—y cuñado de Chautemps—, como el valedor de Stavisky. Para evitar que Prince denunciara los manejos de Pressard, éste decidió su asesinato. Al principio, nadie osó rechazar la hipótesis del asesinato político. Sarraut y Cheron, ministros del Interior y de Justicia, respectivamente, la prohicieron con unas palabras imprudentes. El sumario comenzó a instruirse bajo el prejuicio del asesinato, desechándose sistemáticamente todos los datos favorables al suicidio.

La expulsión de Cheron.

La ofensiva contra Chautemps duró meses y meses; pero, aun realizadas con el *parti pris* del asesinato, las diligencias judiciales no corroboraban esta versión y se iba dibujando la figura de Prince con perfiles muy distintos al del retrato halagador que de él idearon las derechas. Ya poco importa que tarde poco o mucho en finalizarse el sumario; la mayoría de los franceses tiene la convicción de que a Prince no lo mataron por orden de Chautemps; se mató él mismo para que no evidenciara su conexión con los protectores de Stavisky. Tan clara era esta convicción, que el Ministro de Justicia, arrepentido ya de haberse dejado arrastrar por la opinión derechista, estaba dispuesto a que prevaleciese la verdad. Inmediatamente se desencadenó contra él una ofensiva de injurias atroces. Cheron, político moderado, hombre de honestidad indiscutida, era tratado por los periódicos nacionalistas como el peor de los forajidos. Las Ligas fascizantes entraron en acción contra él con mítines insolentes, pasquines escandalosos y amenazas de represalias violentas. Cheron tuvo que dimitir; mejor dicho, le forzó a ello el presidente Doumergue.

Los ex combatientes, con cuya fuerza manipulaban las derechas, se situaron frente al Gobierno que les mermaba sus flacas pensiones, igualmente que a los funcionarios públicos, para enjugar el déficit sin tocar a las potencias del di-

nero. En el partido radical crecía el descontento contra Herriot, cuya excesiva blandura cordial le empuja siempre al lado de las derechas. Muchos radicales se inclinaban hacia el "Frente común", núcleo proletario y antifascista, y los comunistas, reconciliados ya con el socialismo, ofrecían votar en la segunda vuelta de las elecciones cantonales a los radicales que se declararan opuestos al Gobierno.

Radiomanía dictatorial.

El panorama político había variado esencialmente desde el 8 de febrero.

Doumergue, que lo advertía, se esforzaba en adormecer a los franceses con plúmbos arengas por la radio. ¿De qué se lamentaba el solitario de Tournefeuille? Por una sarcástica paradoja, se mostraba dolorido de la escasa autoridad atribuida en Francia al jefe del Gobierno y trufaba sus discursos radiados con solapadas invectivas contra el Parlamento. ¡El, que, por graciosa concesión del Parlamento, ejercía una especie de dictadura!

En las elecciones cantonales, los radicales pudieron comprobar el daño que les producía su participación en el Gobierno, donde se les tenía mudos y maniatados gracias a la superstición de la supuesta tregua, mientras las derechas se desbocaban en insultos contra sus líderes y no cesaban de urdir maniobras en descrédito del partido radical. Sin perder el primer puesto entre los núcleos políticos de Francia, el radicalismo socialista vió mermada su fuerza en un 20 por 100. En cambio, comunistas y socialistas la acrecentaron notablemente. Las leves ganancias obtenidas por algunos grupos reaccionarios no compensaron, de ningún modo, el susto que les produjo el crecimiento de las izquierdas sociales.

Previsionismo desenfadado.

Sin duda, el resultado de las elecciones cantonales influyó en las deliberaciones del Congreso radical de Nantes, pero no en la medida que hubiera aconsejado el instinto de conservación. La mayoría de los congresistas se conformaban con reglamentar la tregua en vez de rom-

perla y con que se disolvieran las Ligas filofascistas.

Para entonces, Doumergue, firme en su radiomanía, se había arrojado ya a preconizar la reforma de la Constitución. Quería robustecer la autoridad del presidente del Consejo, concediéndole la prerrogativa—si no a él, al jefe del Estado—de disolver la Cámara sin autorización del Senado; quería privar casi totalmente de sus derechos cívicos a los funcionarios; quería restringir el Poder legislativo... No podía fundar sus demandas en la rebeldía de la Cámara ante solicitud de poderes excepcionales, puesto que se los había otorgado rápidamente. Lo que preocupaba a Doumergue era la actitud del Parlamento cuando acudiese a rendirle cuentas de su labor y tuviese que confesar que los decretos-leyes no habían conseguido nivelar el presupuesto; que la nación estaba tan dividida, si no más, que el 6 de febrero. Se negaba, en suma, a reconocer su fracaso.

Las veleidades dictatoriales de Doumergue hallaron la hostilidad casi unánime del país. Sólo los periódicos de presa y las Ligas filofascistas y la plutocracia, agrupados en torno a su apoderado político, André Tardieu, propulsaban los planes revisionistas. Pero, aun siendo en Francia una ínfima minoría, daban la impresión, por el eco de sus tornavoces periodísticos, de ser los más.

*El Congreso de
Nantes.*

En el Congreso de Nantes apenas había discrepancias respecto a la cuestión. Tregua, sí, con tal de que no les fuera muy incómoda; pero introducir en la Constitución un trampolín para dar el salto al poder personal, de ninguna manera. Admitiría hasta la reunión en Versalles de la Asamblea Nacional para reformar la Constitución, pero buscando una fórmula que alejara toda posibilidad de dictadura. A Herriot, acaso dispuesto a ceder, le impresionó esta unanimidad y pronunció un discurso con reminiscencias jacobinas, entreveradas de latiguillos patrioterros, para pedir patéticamente a sus correligionarios que confiaran el pleito a su conciencia republicana.

Doumergue podía tener segura su derrota. El Senado casi en bloque repudiaba sus proyectos. Le había fallado, por tanto, uno de los más poderosos recursos para adueñarse de la Cámara: la amenaza de una disolución, en la que el Senado no consentiría.

Surgieron abundantes intermediarios entre Doumergue, que persistía en no ceder, y Herriot, que hubiera hecho cualquier sacrificio para llegar a una avenencia. Quizá en este momento, el "rubio de Tournepuille" pensaba seriamente en reeditar la aventura del almirante Mac Mahon o la del general Boulanger. De haber logrado presentar un presupuesto sin los 11 millones de déficit que no había podido hacer desaparecer, Doumergue habría regresado a su tierra nativa con su mejor sonrisa de los días presidenciales, sin acordarse de sus antiguos propósitos revisionistas. Pero el recuerdo de Clemenceau, aclamado como vencedor de la gran guerra, y de Poincaré, reverenciado como el salvador del franco, le teñía la sonrisa de despecho y le impulsaba a los mayores desafueros.

*Doumergue no
se atreve.*

Sin embargo, llegada la ocasión, el viejo Doumergue se batió en retirada.

Los radicales le negaron sus votos para prorrogar el presupuesto durante tres meses, medida imprescindible para poder reunir la Asamblea Nacional. Se opusieron también a que el presidente—el del Consejo o el de la República—pudiera disolver por sí la Cámara. Era la dimisión o el golpe de Estado, y Doumergue optó por dimitir. ¿Creyó que la noticia provocaría otro 6 de febrero? Es verdad que en una nota, impregnada de mesianismo decepcionado, rogaba al pueblo que asistiera tranquilamente al desenlace de la crisis; pero, al mismo tiempo, publicó una carta insidiosa, en la que apadrinaba todas las injurias lanzadas por las derechas contra los radicales-socialistas.

Tiraba, en fin, la piedra y trataba de esconder la mano; deseaba y temía, a la vez, la subversión.

Contrariamente a lo que parte de las derechas esperaban, la crisis se resolvió

con insólita presteza. Rechazado el encargo de formar Gobierno por Laval y por Bouisson—el presidente de la Cámara, que el 6 de febrero se desgajó del socialismo para unirse a la tregua—, Flandin formó un Gabinete en el brevísimo plazo de diez horas.

La misión de Flandin. ¿Explicación de este aparente milagro? Flandin no

es mucho menos afecto que Tardieu a las clientelas plutocráticas, que ven con recelo en el Poder a los radicales, no obstante su inofensividad. Ha sido constante colaborador de Tardieu en los Gobiernos de la anterior etapa legislativa. Su intervención, como ministro de Hacienda, en el asunto de la Compañía Aero-Postal, le sitúa en la línea ética del Tardieu de la N'Goko Sangha y del ferrocarril Homs-Bagdad.

Doumergue contaba con la adhesión de Flandin a la reforma constitucional, y Herriot había interpretado sus guiños como una invitación a colaborar en el Gobierno que sucediese al de tregua. Este Gobierno—el que ha constituido Flandin—quiere tener virtudes anestésicas. No intranquilar a las izquierdas auténticas; hacerles creer que serán disueltas las Ligas fascistas, aunque el verdadero propósito sea el de inmovilizar a las organizaciones que les harían frente; aplazar sine die la revisión constitucional, y, so-

bre todo, llevar a cabo cautelosamente la desintegración del partido radical.

Ganar tiempo. El mismo fin que Doumergue perseguía con un aire de bravura, intenta obtenerlo Flandin dando la impresión de que se brinda a ser el fiero adalid de la defensa republicana. Por ahora, Flandin ha realizado su objetivo inicial. La Cámara le ha otorgado una confianza en una votación casi tan nutrida como la que acogió al Gobierno Doumergue. Hasta los socialistas, que, naturalmente, votaron en contra, lo han recibido con cierta simpatía. "Lo juzgaremos por sus actos", han venido a decir.

Toda la historia de la Tercera República francesa oscila entre estas dos tácticas. Primero se prepara un ataque franco contra los principios básicos de la democracia burguesa, pero no se desencadena. Los intereses creados no gustan de las soluciones heroicas, que pueden hacérselo perder todo, sino en último extremo. Al no ver la victoria fácil, se vira en redondo. El conservadurismo, que no sosegaba pensando en una derrota catastrófica, finge un gesto conciliador y busca entre los hombres más flexibles del moderantismo uno que dé aparentemente contramarcha. Los radicales, como quien se liberta de una pesadilla, se dejan engañar. Y así se evita—¿por cuánto tiempo?—el choque definitivo.

Isaac Abéytua.

La victoria laborista

El resultado de las últimas elecciones municipales en la Gran Bretaña ha sido un triunfo rotundo, casi aplastante, para el Partido Laborista. Se esperaba, generalmente—salvo, quizá, entre los conservadores más incurablemente optimistas—, que el *Labour Party* reconquistase casi todas las posiciones que en el terreno de la administración municipal había perdido hace tres años, a consecuencia de una ola de pánico arteralmente producida en

las capas medias de la opinión. Pero nadie, ni siquiera en las filas del partido obrero, suponía que esa reconquista había de convertirse en victoria de tamañas proporciones.

No sólo se ha recuperado la totalidad de los puestos perdidos en aquella memorable campaña de descrédito sistemático, sino que los laboristas han logrado arrebatarse, además, buen número de concejales a sus adversarios, conservadores

más o menos reaccionarios y liberales más o menos tibios. En total, las ganancias netas del Partido Laborista—a más de conservar la representación que ya tenía—han sido de 741 puestos. A esta cifra, ya de sí elocuente, hay que agregar los numerosos puestos obtenidos, más recientemente, en las elecciones escocesas, donde el frente laborista (*Labour Party* y Partido Laborista Independiente) ha arrebatado la mayoría absoluta.

La conquista de Londres. Antes de comentar las causas y los posibles efectos de este alud político, añadiremos unos cuantos datos complementarios que ayudarán al lector a calibrar la magnitud del suceso. En Londres se renovó hace pocos meses lo que podríamos llamar el Concejo central del Condado (*London County Council*), verdadero gobierno local de la inmensa metrópoli; y a pesar de los esfuerzos de toda índole, incluso algunos de muy dudosa ética, de los componentes del "frente antimarxista", que ocultaban su verdadera etiqueta reaccionaria bajo el nombre de "reformadores municipales", los laboristas, eficazísimamente conducidos por Herbert Morrison, coparon la mayoría absoluta.

En esta ocasión se elegía en Londres la totalidad de los Concejos que podríamos llamar de barriadas, o *Borough Councils*, que se renuevan por entero cada tres años; y en provincias una tercera parte de los Municipios, que se renueva anualmente. El Partido Laborista ha obtenido la mayoría absoluta en 56 Concejos: 15 en Londres y 41 en provincias. Esta nueva victoria pone en manos socialistas la mayoría de los *Borough Councils* londinenses, o sea los cuatro en que ya ejercían el control: Bermondsey, Deptford, Poplar y Greenwich, y los once que acaban de conquistar: Fulham, Shoreditch, Battersea, Southwark, Camberwell, Woolwich, Stepney, Islington, Finsbury, Hackney y Bethnal Green. Con la mayoría absoluta que ya poseen en el Concejo del condado, los laboristas ocupan ahora una posición de verdadero control en toda la inmensa aglomeración londinense. Nunca, ni siquiera en la época de su mayor apo-

geo anterior, el Partido Laborista había tenido semejante fuerza representativa en la gran metrópoli.

Balance de la última contienda. Las respectivas ganancias y pérdidas de los partidos en esta contienda se distribuyen del modo siguiente:

En los Concejos de la aglomeración londinense:

	Ganan	Pierden	Ganancias netas
Laboristas	458	1	457
Conservadores	2	394	---
Liberales	—	56	---
Independientes ...	—	9	---

En los Municipios de provincias (unos 230, aproximadamente):

	Ganan	Pierden	Ganancias netas
Laboristas	312	28	284
Conservadores	39	241	---
Liberales	8	69	---
Independientes ...	31	108	---

Resumen total:

	Ganan	Pierden	Ganancias netas
Laboristas	770	29	741
Conservadores	41	635	---
Liberales	8	125	---
Independientes ...	31	117	---

Como datos adicionales acerca de la conquista de los Municipios londinenses, diremos que en Londres, el Partido Laborista ha obtenido puestos, por primera vez, hasta en un distrito como Wandsworth, baluarte tradicional de los conservadores; que de las 450 mujeres que figuraban en la candidatura laborista de la capital, 227 han resultado elegidas, y que ninguno de los 62 candidatos comunistas obtuvo la victoria.

Como consecuencia, el estado actual de las diversas representaciones municipales en Londres (1.386 concejales) es como sigue:

Laboristas	729
Conservadores (Reformad. Mun.)...	656
Independientes	1

*Procedimientos
conservadores
de lucha.*

El lector no habrá olvidado las artimañas de que se han valido hasta la fecha los reaccionarios ingleses

Se advierte, una vez más, hasta qué punto la lucha va quedando circunscrita a las dos grandes fuerzas sociales, expresión de las dos clases irreductiblemente adversas.

No deja de ser significativo que en provincias, las principales victorias del laborismo se han conseguido en grandes centros industriales, como Birmingham, Manchester, Preston y Sheffield.

Signos precursores. Este triunfo arrollador sólo puede sorprender en

cuanto a sus proporciones; mas no como reflejo de una corriente de opinión, que se viene manifestando con harta clara elocuencia en cada una de las consultas populares, de dos años a esta parte. Casi todas las elecciones parciales a la Cámara de los Comunes han sido otros tantos triunfos para los candidatos laboristas. Las más recientes fueron las de East Fulham y North Lambeth (dos distritos londinenses), y de Swindon, en que el Gobierno "nacional" de Ramsay MacDonald ha sufrido durísimos reveses.

En East Fulham, hace unas semanas, el partido laborista pudo enorgullecerse de una victoria apoyada en el mayor número de votos que haya conseguido en aquel distrito. Los liberales perdieron una representación, que venían ostentando desde hacía dieciséis años. Y el candidato oficial del Gobierno, investido de la protección del primer ministro, no reunió en torno a su nombre ni siquiera la sexta parte de los votos emitidos. Dos días después, el ex ministro del Gobierno laborista, doctor Addison, derrotado en la ola de pánico de 1931, volvía triunfalmente al Parlamento por el distrito de Swindon. Las condiciones creadas artificialmente en 1931 han desaparecido, todo hace suponer que para siempre, y le es imposible ya al conglomerado conservador disfrazado de "nacional", atajar un movimiento de repulsa tan amplio y tan intenso.

para combatir a sus adversarios, muy especialmente a los laboristas. Sus procedimientos electorales suelen caracterizarse por la falta total de escrúpulos. Conociendo la fuerza enorme que proporciona, en un país acostumbrado a las públicas discusiones, una corriente determinada de opinión popular, han recurrido a todos los medios para difundir falsedades y crear el pánico en aquellas masas fluctuantes, consiguiendo en ocasiones memorables que millones de votos se volcaran en favor de unos intereses diametralmente opuestos a los del pueblo productor.

Frescas están aún en la memoria de todos la falsa carta de Zinoviev, publicada en vísperas de unas elecciones generales por uno de los órganos principales de la reacción imperialista (hoy convertido además en defensor de todos los fascismos), y aquella otra mentira desvergonzada, difundida en la campaña electoral de 1931, según la cual los laboristas, de salir vencedores, iban a desvalijar las Cajas Postales de Ahorros, despojando a millones de trabajadores y artesanos de sus modestas reservas. En ambas ocasiones, la treta surtió el efecto apetecido. Se creó un pánico entre grandes masas carentes de educación política, con el resultado que el lector ya conoce.

En esta ocasión no podía faltar la "mina explosiva". Viendo que les había dado el procedimiento tan buenos resultados, los "tories" intentaron explotarlo una vez más. Su pobreza de imaginación les llevó a repetir, sin apenas modificarlo, el truco de 1931. Mandaron imprimir millares de hojitas, en las que se advertía a todos los depositantes que, de no votar por los conservadores, sus ahorros corrían gravísimo riesgo, pues iban a ser robados—sin eufemismos: el texto dice robados—por los socialistas.

Afortunadamente, alguna de las hojas cayó en manos laboristas antes de salir de la imprenta, y en su número del 29 de octubre, el órgano del Labour, el *Daily Herald* (cuya tirada diaria pasa bastante

de los dos millones de ejemplares), denunciaba la maniobra, reproduciendo la hojita calumniadora y contrarrestando eficazmente el pánico que se intentaba sembrar. Los autores del libelo habían esperado hasta última hora antes de utilizarlo, con la esperanza de que al lanzarlo la víspera misma de las elecciones, sus adversarios no tendrían tiempo material para desvirtuar la maniobra. Pero ésta, al hacerse pública, se volvió contra sus fautores.

La "imparcialidad" de la radio.

Paralelamente a esta artimaña de última hora, los poderosos intereses de las oligarquías que venían desgobernando los Municipios británicos habían preparado otra, tal vez más eficaz aún, porque estaba mucho mejor disfrazada.

Sabido es que la Compañía radiodifusora inglesa (British Broadcasting Corporation) goza de un monopolio controlado por el Estado, lo cual presta a sus emisiones un carácter semioficial, de servicio público. Estas mismas circunstancias parecen obligar a la B. B. C. a la más rigurosa imparcialidad en todo lo que roza la política, nacional e internacional. Y en diversas ocasiones se han producido incidentes, a raíz de emisiones en que esos temas hubieron de tratarse, que sirvieron de piedra de toque para demostrar que la tan cacareada imparcialidad del organismo radiodifusor no era tal vez todo lo perfecta que fuera de desear.

Quienes afirman que medio tan poderoso de influir sobre la opinión se halla, de hecho, en manos de la clase privilegiada y para la defensa exclusiva de sus intereses, aun cuando en el apoyo que le presta el Estado contribuyen hasta los más modestos ciudadanos, alegan en favor de este aserto algunos de esos incidentes, muy característicos. No hace muchos meses, la B. B. C. organizó una "controversia" sobre las condiciones actuales de vida y de trabajo, según el punto de vista de las diversas clases sociales. El famoso constructor de automóviles Austin pudo exponer libremente el punto de vista patronal. Pero cuando intentó hacerlo un obrero sin partido, se encontró con que la dirección de la emi-

sora sometía sus cuartillas a una censura rigurosísima. Y en vista de ello optó por lanzar rápidamente, una vez ante el micrófono, la advertencia de que renunciaba a leer un texto mutilado en su parte esencial. Cuando los ingenieros directores quisieron cortar palabras tan poco protocolarias, ya era tarde. Millones de radioescuchas se habían enterado del procedimiento "objetivo".

Mucho más recientemente, a principios de noviembre, la B. B. C. organizó otro curso de conferencias sobre "Guerra y paz", en que habían de tomar parte algunas de las personalidades más famosas de la Gran Bretaña. El deán Inge, sir Norman Angell y el imperialista lord Beaverbrook hablaron, el primero de las causas psicológicas, los otros dos—que discreparon bastante—de las causas políticas de las guerras. El profesor Haldane, invitado a ello por la B. B. C., quiso exponer las causas técnicas y económicas de los conflictos armados. Aunque no milita en partido político alguno, las conclusiones del ilustre hombre de ciencia coincidían—por razones de mera lógica—con los postulados marxistas sobre el mismo tema.

La B. B. C. pretendió censurar la conferencia del profesor Haldane, uno de los sabios más distinguidos de la intelectualidad inglesa. Este se negó a hablar en tales condiciones. Y, sumándose a la protesta, H. G. Wells renunció asimismo a pronunciar la conferencia que por su parte había de dar en la serie.

Para pocas horas antes de las elecciones municipales que aquí comentamos, el organismo semioficial que disfruta en la Gran Bretaña el monopolio de la radiodifusión había organizado una emisión dedicada al suceso político del día. El título de la charla era astutamente anodino: "Por qué debéis hacer uso de vuestro voto". Su carácter había de ser "no político", y el autor iba a quedar anónimo. Pero todo ese hábil *camouflage* encubría otra maniobra de última hora. Los laboristas la desbarataron con sólo revelar que el conferenciante, supuesto apolítico, era sencillamente uno de los candidatos conservadores por un distrito londinense. Ya puede suponerse,

por lo tanto, el grado de "imparcialidad" que iban a tener su charla y sus consejos electorales. Una vigorosa protesta de Herbert Morrison en nombre del *Labour Party* hizo desistir a la B. B. C. de su tan discutible propósito. Pero queda, como síntoma, la intención.

Trascendencia de una victoria.

Las elecciones municipales solían tener, en la Gran Bretaña, un carácter puramente administrativo, y sus consecuencias no trascendían de la política local. Mas al intensificarse las luchas sociales, ese apoliticismo relativo ha desaparecido por completo. La consulta que acaba de celebrarse, lo mismo que las elecciones de representantes al *London County Council* hace unos meses, se han colocado casi automáticamente en un terreno de lucha de clases. Al mismo tiempo ha repercutido en la campaña electoral, por motivos fáciles de comprender, la ardiente polémica suscitada en todo el país en torno a la política internacional británica, a la defensa colectiva de la paz y al grave problema de la fabricación particular de armamentos.

No es que las últimas elecciones municipales inglesas puedan tener para la forma externa del régimen político imperante consecuencias comparables con las que tuvieron, por ejemplo, las de abril 1931 en España. Para el porvenir de las clases trabajadoras, empero, acaso tenga su resultado tanta o más importancia que el de aquella jornada histórica en la Península.

En primer lugar, no puede ser indiferente para los obreros de la Gran Bretaña un triunfo del que depende, en considerable proporción, el bienestar inmediato y la salud de los suyos. La candidatura conservadora había hecho bandera de una cicatería cruel. "Vamos a disminuir los arbitrios municipales por todos los medios", prometían los *tories*. Huelga decir que esa disminución había de obtenerse a costa de todo lo más esencial en los servicios sociales: higiene, enseñanza, beneficencia, vivienda; dotación de hospitales, maternidades, or-

fanatos, consultorios, clínicas, asilos y escuelas, y realización de la tantas veces prometida abolición de los tugurios, de los *slums*, esa lepra negra de todas las poblaciones industriales inglesas, que tantas vidas obreras arrebató cada año. El triunfo de los "conservadores", que sólo piensan en "conservar" los privilegios de su clase, hubiera cerrado el camino, para quién sabe cuánto tiempo, a todo intento de aliviar un poco la triste suerte de los desvalidos.

En el terreno internacional, las elecciones coincidieron con una campaña violentísima de las derechas y de la prensa imperialista contra el *Peace Ballot*, el referéndum por la paz. Este ha sido organizado en todo el país por la Unión pro S. D. N., con el apoyo de un número considerable de sociedades de la más diversa índole, y tiene por objeto pulsar directamente la opinión británica sobre cuestiones tan palpitantes como la adhesión al organismo internacional, la reducción general de armamentos, la abolición de la aviación de guerra y de la fabricación particular de armamentos. Los "traficantes en muerte súbita" y los cuantiosos intereses que medran alrededor de los municioneros vieron en el referéndum un ataque directo a su mortífero negocio, y de ahí la campaña que inspiraron en su prensa. La victoria laborista ha sido la respuesta más rotunda a esos gritos histéricos de los militaristas y de sus proveedores y amigos.

Como conclusión pudiera ser interesante examinar las enseñanzas que cabe sacar del triunfo electoral de los laboristas británicos. Pero las circunstancias no favorecen semejante examen, para el cual sería menester entrar en detalles de táctica que implican lógicamente comparaciones de climas políticos. Sólo apuntaremos un dato, para contestar de antemano a quienes pretendiesen explotar tendenciosamente el suceso que acabamos de reseñar. En la votación que se ha celebrado estos días, con el objeto de renovar los cargos en la Ejecutiva del *Labour Party*, sir Stafford Cripps —cuyas tendencias son tan conocidas como su labor al frente de la *Socialist*

League—ha obtenido el mayor número de sufragios. Son muchas cosas las que van cambiando en la Gran Bretaña desde 1931.

Ogier Preteceille.

La unidad de acción

El 13 de noviembre tuvo lugar en París la reunión celebrada por la Comisión Ejecutiva de la Internacional Obrera Socialista. En esa reunión se pusieron a debate dos temas de extraordinario interés: los sucesos de España y la unidad de acción entre socialistas y comunistas. Del primero nos ocuparemos en otra ocasión. Del segundo queremos recoger dos opiniones autorizadísimas: la de León Blum, que habló en nombre del Partido Socialista francés, y la de Otto Bauer, que representaba al partido austriaco.

El discurso de León Blum ofrecía esta vez, aparte de su autoridad personal, el interés de ser el portavoz de un partido tan considerable como el Partido Socialista francés, con una representación parlamentaria de un centenar de diputados, y que desde fines de agosto había convertido las tendencias existentes en algunos sitios en pro de la unidad de acción, en un pacto formal con las fuerzas comunistas de Francia.

Según Blum, el movimiento por la unidad de acción ha nacido de lo más profundo del sentir de las masas proletarias francesas. Con un certero instinto político, el proletariado francés se dió cuenta (durante toda esta exposición y las que siguen, yo me limito a resumir fielmente las argumentaciones de los distintos oradores) de que después de lo acontecido en febrero último, en vez de encontrarse el proletariado francés frente a un asalto del *todo por el todo* de parte de la reacción, como el 6 de febrero, se encontraba ante un procedimiento eminentemente jesuítico, encaminado a arrancar poco a poco, sin signos externos de fascismo, todas las libertades políticas y sindicales de Francia. Al calor y bajo el

aplauso del Gobierno reaccionario, las ligas de choque fascistas ensayan enseñorearse de Francia.

Al sentido de alerta del socialismo francés correspondió un cambio visible en la actitud del Partido Comunista. Blum explica aquí los motivos que, a su juicio, hayan podido influir en ese cambio de rumbo. Indiscutiblemente, Moscú se dió cuenta de la dificultad de conciliar la política de aproximación entre la U. R. S. S. y el Gobierno francés, con una táctica de lucha violenta y desgarrada entre comunistas y socialistas. Pero, fueren cualesquiera los motivos, el hecho es que ese cambio se produjo.

Las conversaciones nuestras con los comunistas no fueron, ciertamente, fáciles. Hubo incluso un momento de ruptura, para reanudarlas más tarde, hasta llegar al pacto concertado a fines de agosto.

“A mí me parece la mejor manera de pensar socialista, el analizar las consecuencias y el alcance de dicho pacto conforme a los resultados obtenidos. Yo no vacilo en presentar aquí como el primer resultado innegable, el de que, apenas concertado, se produjo en las masas obreras de Francia una especie de corriente eléctrica de fervor y de esperanza, que no habíamos conocido nunca. No solamente en la región parisién, donde las fuerzas comunistas son iguales, si no superiores, a las nuestras, sino en regiones como la de Toulouse, donde apenas hay comunistas, la idea de la unión de las fuerzas proletarias, la sensación de que en Francia no se iba a perder ya ni un solo impulso de la energía obrera en luchas fratricidas, ha determinado una reacción favorabilísima incalculable.

Cada uno de nosotros sabe perfectamente lo que era el ir a hablar ante las masas, y lo que es ahora. Aquellas asambleas terminadas invariablemente entre agrias polémicas, que dejaban el sabor de una división profunda, de la que sólo podían aprovecharse nuestros adversarios, han sido substituídas por otras reuniones donde el anhelo común del proletariado francés se muestra en su doble tendencia, de resistir por todos los me-

dios al fascismo y de ir preparando la sociedad socialista."

Blum analiza luego el resultado de las últimas elecciones a los Estados generales, que han sido las primeras celebradas desde que se firmó el pacto de unidad de acción. Antes, la táctica electoral comunista era "clase contra clase". El candidato comunista era sostenido en el segundo escrutinio, aunque no tuviese las más remotas posibilidades de salir triunfante, contra los socialistas y los republicanos de izquierda. Por el contrario, en las elecciones cantonales últimas, los comunistas no sólo desistían en el segundo escrutinio en favor de los socialistas, sino de aquellos candidatos radicales a quienes se conocía contrarios al Gobierno de Unión Nacional.

No vacilo—afirma Blum con gran energía—en decir que hoy la barrera más fuerte que puede oponerse al fascismo en Francia y, por lo tanto, a la conquista desastrosa de Europa por el fascismo, es la unión socialista-comunista francesa. La caída de Doumergue es obra y resultado de esa unión, y hoy día las fuerzas fascistas de combate están en una situación bien distinta que la del 6 de febrero, en una situación de retroceso.

Y nadie puede extrañarse que ante esos resultados bien tangibles, no sólo se crea en la eficacia de la unidad de acción de partido a partido, sino que cada día crezca la tendencia en pro de la unidad orgánica debatida hoy en nuestros organismos sindicales, y cuya realización, para un plazo más o menos lejano, yo no quisiera descartar aquí.

Es por eso que considero indispensable que la Ejecutiva de la I. O. S. reanude a la Internacional Comunista su propuesta de febrero de 1933, en pro de que se estudien las posibilidades de colaboración entre ambas entidades, adoptada entonces por todos los partidos de nuestra Internacional.

Otto Bauer (Austria) declara que, para él, el argumento decisivo no es que las masas quieran a toda costa la unidad de acción. Si él juzgase a las masas equivocadas en este punto, se colocaría frente a ellas. Lo que ocurre es que las masas tienen razón. Hay países que, por lo

visto, se juzgan absolutamente inmunes contra el fascismo. Yo no me atrevería a asegurar que el ciclo del fascismo europeo esté cerrado ya. En cambio, sí afirmo que si en Francia se perdiese la batalla contra el fascismo, no habría por mucho tiempo esperanza para Europa.

Pero, no es sólo el peligro del fascismo. Unido al peligro del fascismo, está el peligro de una nueva guerra, cada vez más próximo y amenazador. Contraría a nuestra formación socialista el gusto de las profecías. Pero, en la profecía de un hombre tan agudo y tan conocedor de la situación europea como Benès, el ministro de Estado de Checoslovaquia, de que en doce o catorce meses puede decidirse la suerte de Europa, hay el reflejo evidente de todo lo que está pasando en nuestro Continente.

Hondamente entrelazado con el problema de la guerra está para mí, y creo que debiera estarlo para todo socialista, la cuestión de la suerte que le pueda aguardar en caso de conflicto bélico a la Unión Soviética. Una derrota de la Rusia soviética retrasaría por una o varias generaciones la marcha del socialismo en el mundo. Eso es para mí lo decisivo. Y las fuerzas que tienden al fascismo y a la guerra coinciden en sus blancos contra la Unión Soviética.

Aquí, Bauer entra a analizar, relacionándolo con las consideraciones que acaba de hacer, los motivos que hayan podido decidir a la Unión Soviética a orientar en la forma que ha orientado en los últimos meses su política exterior, y de los motivos que hayan inducido, en consecuencia, a la Internacional Comunista a modificar su táctica tan errónea de antes respecto a los partidos socialistas.

"La posibilidad—afirma Bauer—de entrar en negociaciones serias con los comunistas está aquí. Y está aquí por primera vez. Que cada cual lo sepa y que cada cual cargue luego con su responsabilidad histórica.

Se habla de diferencias fundamentales con la Tercera Internacional. Son bien conocidas algunas de mis divergencias con los bolcheviques. Pero también estoy en desacuerdo con alguno de los partidos representados aquí y, sin embargo,

no he propugnado nunca la escisión. Esa clase, pues, de argumentación me parece bastante poco sólida."

Bauer termina declarándose en favor de la reanudación inmediata de la invita-

ción que se acordase hacer en febrero de 1933 a la Internacional Comunista, para estudiar las posibilidades de una amplia unidad de acción en el frente internacional.

Libros y revistas

TRES FRASES SOBRE LAS MASAS

J. Ortega y Gasset: *La España invertebrada*. Cuarta edición. Edición "Revista de Occidente". Madrid, 1934.

Vaya por delante, para abrir paso, la afirmación de que el autor de estas líneas se ha colocado, al escribirlas, en una actitud ingenua, sana; también es posible que sea objetiva, pero esta palabra se hace aquí inútil por su empaque impertinente. Observemos que, aunque la actitud adoptada demuestre, en el actual momento español, la esterilidad de lo abstracto, de lo antivital, es preciso conseguirla, por ser íntima exigencia del texto que sigue. Escribirlo partiendo de unas opiniones personales, por ejemplo, no sería bastante aséptico. Pronto lo comprenderá el lector.

Abreviemos. El señor Ortega y Gasset ha publicado recientemente la cuarta edición de su libro *La España invertebrada*. Esta nueva tirada incluye un prólogo escrito precisamente para ella. De tal prólogo vamos a ocuparnos; en él pueden verse las tres afirmaciones que citamos a continuación, en el orden original. Son éstas:

a) Cuanto hoy acontece en el planeta terminará con el fracaso de las masas; b) la angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío curarán a las masas de la atropellada petulancia que ha sido en estos años su único principio animador; c) más allá de la petulancia descubrirán las masas un nuevo estado de espíritu: la resignación.

Confesemos sin rodeos que la sorpresa

vivida en la lectura de estas frases ha sido intensa. Claro es que la emocionada sorpresa ha puesto en pie inmediatamente la más cálida protesta. Demostrar que esa protesta tiene una incommovible lógica interna es lo que nos preocupa. Trataremos de hacerlo con el mejor aire impasible.

* * *

Una operación previa, para que la indignación no arrebate y atropelle el curso de esta glosa, consiste en apartar de la atención el recuerdo de que el señor Ortega y Gasset se declarara socialista en 1913. Conste que el recuerdo constituiría, a lo largo del resto de este escrito, un bagaje hartamente embarazoso. Por lo tanto, preferimos saltarlo aquí mismo; basta con su mención.

Sigamos. Todo el mundo entiende el sentido de la palabra "masas". Es esencial recordar, sin embargo, que la "masa" requiere, en cuanto tal, una cohesión y disciplina internas. Aceptando esto, podemos continuar sin estorbo. Pues bien: cualquiera que considere, aunque sea en un momento frívolo, el sistema de fuerzas sociales que implica la Historia universal de los últimos dos siglos, se dará cuenta inmediata, por una simple intuición, de lo que sigue: Las "masas" emergen lentamente del anónimo fondo de la Historia, hasta colocarse hoy en su punto central mismo. En el tremendo drama de la Historia incorporan el papel de centro de gravedad. Quiérase o no, así ocurre. Esta emergencia o desplazamiento paulatino es lo que el señor Ortega

y Gasset ha calificado en un libro cuya última y fundamental consecuencia, por cierto, dejó inédita, de "rebelión de las masas". Vemos ahora que no se trata en dicha dinámica ascendente de rebeldía alguna. Se trata de que el eje de la Historia, tomada como sistema de fuerzas, se descubre a sí mismo. *Este descubrimiento revela que la Historia tiene sentido o dirección.* Es evidente.

Por lo tanto, lo que ocurre en el mundo no terminará en el fracaso de las masas. No puede terminar, puesto que vivimos involucrados en algo superior y general a nosotros: la Historia, cuyo sentido, lógica o razón se descubre en su mismo curso; basta con saber intuir para cerciorarse de ello. Las masas fracasarán, a simple vista, en determinados períodos o coyunturas de su marcha ascensional, pero nadie verá el fracaso si toma ésta en una visión total, de conjunto. Conste que la ascensión no tiene por qué verificarse en la dirección de la vertical pura: esto atañe a las matemáticas y no a la Historia, que es un estricto negocio humano.

Celebraríamos que se nos probara en lo escrito hasta aquí la presencia de un error. Tememos al error porque implica miopía o deformación de la óptica. Quienquiera que intente la prueba, debe demostrar que la Historia tiene una ley dinámica distinta a la propuesta por el marxismo; es la que acaba de diseñarse.

* * *

Recordemos un episodio histórico. Patentiza lo dicho hasta su raíz y prepara lo que falta por decir. Durante la revolución industrial inglesa del XVIII, mucho más trágica y decisiva, socialmente, que la Revolución francesa, también se escribió, claro es, que las masas iban con su intervención en la política a un rotundo fracaso: todo porque en 1813 los obreros ingleses, amargados por la brutal miseria que trajeron las máquinas, organizaron grupos dedicados a su destrucción; fueron ahorcados cerca de veinte: eran los directores teóricos del movimiento. Eso del fracaso lo escribían desde luego los más solemnes conservadores; huelga decirlo. En 1883, la lucha obrera había

convertido en realidad legislativa todos los postulados teóricos del movimiento de 1813. Eran pasados setenta años. Ya entonces, el capitalismo embrionario no tenía poder para curar ni para crear, sino sólo para existir y gozar.

* * *

Quede la segunda frase transcrita sin comentario detenido. Basta con apuntar que la angustia, el dolor, el hambre y la sensación de vital vacío son los elementos que han empujado, ahora y siempre, a las masas en su actuación política. Con ellos se han alzado para que se les reconozca el puesto que ocupan entre las fuerzas dinámicas de la Historia. Las masas piden que el objeto de la justa legislación sea el hombre y no el inmueble, porque reconocen que el fenómeno de la propiedad privada debe representar una suma de trabajo humano. Mientras la industria sea, por ejemplo, un beneficio privado, en vez de un poder social, esa justa legislación es imposible; así, rotundamente. Las masas tienen la evidencia de ello. Están en lo cierto,

Aun hay más. Por haber producido excesiva riqueza hay millones de obreros sin trabajo. Y no sólo obreros; también hay universitarios y empleados. He aquí el verdadero vacío vital: la ignorancia de ese resorte de índole ética que es por naturaleza el trabajo. Advirtamos que sobre estas cosas no caben teorías, porque son pura y mostrenca realidad; es más fácil teorizar que vivir. El hecho de que haya un hombre imposibilitado de trabajar, apunta el fracaso de la civilización como organismo moral. La actual crisis se debe a que la producción no lleva la misma marcha que el consumo. ¿Es que un sistema económico que se sostiene, por ejemplo, arrojando café al mar para mantener el precio de la mercancía, no afrenta a la naturaleza humana?... Total: sólo para un *dilettanti* o un conservador idiota—a los que Bernard Shaw definió como seres que viven cerrando los ojos y abriendo la boca—, la lucha contra un sistema análogo conduce al fracaso. Cuando más, que dando por supuesto que así ocurriera, no por eso habría que perma-

necer inactivo. La lucha por la justicia social es una necesidad.

En resumen: quien aconseje resignación a las masas maneja un arma sofisticada. No hay duda. La vida social tiene que ser la vida justa. Estamos, pues, con Platón: el valor esencial del Estado es la justicia. De modo que la resignación es inútil, ya que la sociedad estatal está integrada de gentes que asocian la vida para asegurar su independencia (Aristóteles, *Ética a Nicómaco*; libro V). La in-

dependencia individual reconoce su base en la justicia. Tampoco de esto hay duda. Si la Historia tiene un sentido, los valores sociales exigen ser cumplidos. Todo estadio histórico realiza valores imposibles en el estadio precedente (Rickert). Las contradicciones del sistema capitalista no pueden ser, por lo tanto, eternas. Esto prueba que la resignación es mezquindad: descubre en su fondo una fatiga que no quiere ya ni querer más.—F. Carmona Nenclares.

Plumas derechistas

De un artículo del popular novelista Armando Palacio Valdés, titulado "Tiempos borrascosos" y publicado el 24 de noviembre en *A B C*, de Madrid:

"En la Historia, los progresos vienen precedidos muchas veces de una locura. Los bárbaros ensangrentaron la Europa, pero concluyeron con la podredumbre del Imperio romano; la cruel Revolución francesa engendró el sistema constitucional, y la feroz tiranía de Guillermo el Conquistador, la libertad inglesa.

Nos aterra el alboroto; pero cuanto más alboroto, más virilidad. Así como el cuerpo se fortifica con las bruscas transiciones de la temperatura, también nuestra alma se vigoriza con las violentas sacudidas de los sucesos. Soy hombre de orden, pero prefiero el desorden a la injusticia. En la prosperidad corremos peligro de envilecernos; mas cuando sentimos en el rostro un bofetón, nos sube con la sangre el coraje. Al despertar de una pesadilla, el sol nos parece más hermoso. Los tiempos tormentosos son más tónicos que los lánguidos.

Yo espero para nuestra España días de prosperidad. En el cielo no hay estrellas negras. La que mejor nos alumbrará se llama *Cultura*. Si ésta no nos vuelve mejores, por lo menos nos hará menos bravíos. No es cuestión de camisa limpia y agua de Colonia, sino de libros. El libro es el talismán que abre las puertas de la paz. El respeto del hombre al hombre es el único signo de civilización. No me asusta que los niños canten *La Internacional* en las escuelas; lo que me preocupa es que no respeten al que no la canta; ni que algunos señores alcen el puño, si lo guardan cuando hablan a los que tienen las manos abiertas."